

*Selecta*

CHRIS RAZO

*¿Bailamos?*



**Trilogía Bailamos 1**

¿Bailamos?  
Trilogía Bailamos 1

*Chris Razo*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Capítulo 1. Mi vida

—**H**ermanita, ¿tienes algún plan para esta noche?

—Sí. Estudiar,

—¡Eres una aburrida! Deberías salir más. Te vas a apolillar si sigues así.

—Ya sales tú por los dos, hermanito, no pasa nada.

—Tendrías que aprender un poco de mí. Salir de vez en cuando es bueno.

—Sí. Pero no en época de exámenes.

—Está bien. Hoy vendrá Mario a cenar. No te importa, ¿verdad?

—No. Mientras que me dejéis estudiar, no hay ningún problema.

—Gracias, pequeñaja.

Odio cuando me llama así. Sí, soy la pequeña, y aunque sé que lo dice con cariño, no me gusta.

Tengo veintitrés años, y mi hermano y yo somos como la noche y el día. Él es extrovertido, le gusta salir, siempre está sonriendo y le encanta salir de fiesta. Yo estoy hecha de una pasta diferente. Soy muy tímida, me cuesta relacionarme con la gente que no conozco, sonrío solo cuando es necesario. No soy una persona que salga demasiado. Mi tiempo lo dedico a estudiar, a leer y al gimnasio. Son mis grandes pasiones.

Vivimos en Barcelona. Y prácticamente vivimos solos. Mis padres se pasan la vida viajando, no pasan demasiado tiempo en España. Nos han dado la mejor vida que han podido, pero en ocasiones me gustaría que pasaran más tiempo a mi lado.

Mi padre nació en Venezuela, pero vino a España cuando era un bebé. Tenemos familia allí. Mi padre los visita varias veces al año. Nosotros todavía no hemos ido. Mi abuela estuvo por aquí hace un par de años. Fue increíble verla en persona, después de tantos años hablando por teléfono, viéndonos por internet... tenerla cerca y poder tocarla fue algo maravilloso.

Se me ha olvidado decir el motivo de los viajes de mis padres: son bailarines profesionales. Van a congresos, dan clases. No es porque sea su hija, pero lo hacen increíblemente bien.

A mí me encanta bailar, y cuando siento que no puedo más, cojo mis zapatos y salgo a mover las caderas. Pero, es mi pequeño secreto.

Estudio filología inglesa. Me queda un año de carrera. Mi ilusión es irme a Londres, y después irme a vivir a Estados Unidos. Mis padres tienen buenos contactos, y podría encontrar un buen trabajo allí, aunque de momento, todo esto solo son ideas. Nada real, de momento.

—¡Laura! Ya estamos aquí. —Mi hermano ha venido con Mario. Su amigo inseparable. Van juntos a todas partes. Trabajan juntos desde hace cuatro años. Son mossos d' esquadra. Llevo años viendo a Mario, y no puedo negar que me gusta, pero él no es para mí. Voy al salón para saludarlos.

—Hola, Mario, ¿cómo estás?

—Hola, *Lauri*. Bien. Aguantando al pesado de tu hermano. ¿Y tú?

—¿Pesado mi hermano? ¡Eso no puede ser! Yo estudiando.

—¿Ya estás con los finales?

—Sí. Me quedan un par de semanas para acabar.

—¿Cenas con nosotros?

—Pues...

—¡Venga! ¡Tómame un respiro!

—Vale. Me quedaré un rato.

—¡Hermanita, que no todo son los libros!

—¡Qué pesado eres! Sabes que son semanas muy difíciles.

—Pues que pasen rápido. Por cierto, podrías invitar un día de estos a esa

amiga tuya, para charlar con ella.

—¿A Andrea? ¿Charlar tú? Diego, por favor, tú no charlas con las mujeres.

—Con ella estoy dispuesto a hacer una excepción, hermanita.

—¡No eres su tipo!

—¡Tú que sabrás!

—Soy su amiga.

—¿Y por qué no soy su tipo?

—Porque...porque no.

—¡Ves! No tienes respuesta para eso.

—¡Déjame en paz, Diego! No pienso traer a mi amiga.

—Deja a tu hermana, Diego. Yo tampoco te querría para ninguna amiga mía  
—dice Mario.

—¿En serio? ¿Te pones de su parte? ¡Vaya amigo!

—El mejor. Ya lo sabes.

—¿Cenamos? Tengo que estudiar.

Y eso hacemos. Cenar, reírnos, y pasar una noche agradable. Mario es tan diferente a mi hermano. Tiene conversación, es agradable, y muy atractivo. Es un hombre muy guapo, eso salta a la vista. Creo que, gracias a él, mi hermano no está tan perdido.

## Capítulo 2. ¡Terminé!

Se acabaron los exámenes, por lo menos, durante unos meses. Hoy toca una buena sesión de *gym*, y por la noche sesión de baile. Hace días que no quedo con Roland. ¡Mi cuerpo lo necesita!

Quedamos a la misma hora de siempre, a las once. Cuando salgo de la habitación, mi hermano está con Mario en el salón. No sabía que él estaba aquí.

—Hola, chicos. —Mario me mira. Y me saluda—: Hola, Laura,

—Hola, hermanita. ¿Vas a salir?

—Sí.

—¿Dónde vas?

—Con unos amigos. Vendré tarde.

—Ten cuidado, Laura.

—Lo tendré, Diego, no te preocupes. ¿Y vosotros no salís?

—Sí. Iremos a tomar algo. Algo rápido. Mañana hay que trabajar.

—¡Pasadlo bien, chicos!

—¡Mario! ¡Estás embobado! ¡Deja de mirar a mi hermana o me veré obligado a partirte la cara! —dice mi hermano. Yo me sonrojo al escucharle, y al ver que Mario lo está tanto como yo.

—¡Los ojos están para mirar! Y tu hermana está preciosa.

—Gracias, Mario.

—Si queréis me voy y os dejo solos.

—¡No digas tonterías! Yo nunca me fijaría en tu hermana. Es como si fuera mi hermana.

¿Su hermana? No es un comentario muy afortunado. Aunque no es algo que me importe demasiado.

—Me voy. Adiós, chicos. —Cierro y me voy. Me voy al único sitio donde no tengo miedos, donde dejo todo de lado, para aferrarme a lo que necesito, bailar.

—Por fin llegas, muchacha —me dice Roland.

—Lo sé. Perdona. ¿Cómo estás?

—Echándote de menos, ya lo sabes. Llevas días sin aparecer por aquí. Voy a tener que plantearme lo de buscarme una pareja.

—¡No digas tonterías! Sabes perfectamente que no he podido venir por los estudios.

—Lo sé. ¡Venga, prepárate! —Y eso hago, me cambio de zapatos y me voy a la pista.

Roland es mi pareja de baile desde hace tres años. Él me ha enseñado mucho. Nos conocimos por casualidad en el *Latin club* cuando él era profesor. Creo que los dos nos vimos bailar, y sabíamos que nos habíamos encontrado. Desde entonces no nos hemos separado. No es solo mi pareja de baile, sino también mi amigo. Es el único que conoce la parte que oculto a todo el mundo, y con el que puedo ser yo por completo. Encontrarle fue una suerte.

Solo nos vemos para bailar; en contadas ocasiones nos vemos fuera del *Latin club*. Pero creo que él me conoce mucho más que cualquier otra persona.

Cuando salgo, Roland ya me está esperando. Suenan Marc Anthony y Romeo Santos. Una bachata para cargar pilas. Creo que es difícil explicar lo que uno siente cuando baila, cuando baila con pasión, eso es algo que he heredado de mis padres. Solo que yo no sería capaz de sacrificar mi vida, como ellos han hecho.

—Cariño, tengo algo que decirte. Pero te advierto, no te va a gustar —me dice Roland.



—¿En serio? ¿Qué has hecho ya?

—Sé que me lo tenías prohibido, pero tenía que hacerlo, no podíamos desaprovecharlo.

—¡Habla, Roland!

—Estamos inscritos en el campeonato de salsa.

—¿¿Qué?? ¿Por qué has hecho eso? Te dije...

—Lo sé. Pero es una buena oportunidad. Somos buenos, Laura. Podemos ganar. El premio son diez mil euros, y una beca en Londres para la escuela de baile.

—Tendrás que buscarte otra pareja.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—No cuentes conmigo, Roland. Sabes que lo mío es...

—¡Me lo has dicho muchas veces! No quieres dedicarte a esto. Pero por una vez en tu vida, podrías plantearte las cosas. ¡Eres buena! ¡Muy buena! Deberías estar orgullosa. Podrías dedicarte a esto y triunfarías.

—¿De verdad crees que no he tenido oportunidad? Pero no quiero, Roland. ¡Esa no es mi vida! No pienso sacrificarla por bailar.

—¿Sacrificarla? ¿Tú sabes todo lo que podrías viajar, conocer? Por favor, Laura. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por mí. Yo sí quiero aprovechar la oportunidad.

—¿Me dejarás pensarlo?

—No tienes mucho tiempo

—¿Qué tal si bailamos? Para eso he venido. —Roland asiente con la cabeza.

Y eso hago. Bailar. Dejar de pensar en todo lo que me ha tenido ocupada durante tantas semanas, y ser feliz. Con Roland todo es maravilloso. Su manera de moverse es espectacular. Realmente hacemos una pareja perfecta.

## Capítulo 3. Tomando decisiones

Una clase de spinning, una ducha, toda la adrenalina descargada, y de vuelta a casa.

Llevo días pensando en lo que me propuso Roland, y todavía no he decidido que hacer. ¿Debería aceptar? ¿Qué pasaría si lo hiciera? No puedo hacerle eso a Roland, sé lo importante que es para él. No puedo fallarle de esa manera. No se lo merece. Me llama mi hermano al teléfono.

—¿Sí?

—Hermanita, ¿me harías un favor?

—Dime.

—¿Esta noche podrías venirte de cena?

—¿De cena? ¿A dónde? ¿Con quién?

—Es el cumpleaños de Mario. Y me gustaría prepararle algo especial.

—¿Y qué pinto yo allí?

—Sé que se lleva bien contigo. Además, quiero pedirte otro favor.

—¿Otro más?

—Sí. ¿Crees que podrías comprarle un regalo? Yo no salgo hasta las diez. Y no puedo ir a comprarlo. Por favor, hermanita.

—¿Cómo tienes tanto morro?! Yo no conozco sus gustos, no sé qué puedo comprarle.

—Tranquila. Seguro que aciertas. Creo que le gustará que estés en su cumpleaños.

—¡Siempre te salvo, Diego!

—Lo sé. Por eso te quiero tanto. Tengo que dejarte. Te quiero. Te llamo más tarde. —Y cuelga. Dejándome como siempre con un problema. ¿De quién es amigo Mario? ¿Mío o de él? Es verdad que le conozco desde hace años, pero no tengo tanta confianza con él como para poder hacerle un regalo. Pero de nada me vale quejarme, solo tengo dos horas para encontrar un regalo. ¡Hermanito, voy a matarte!

A las diez y media llega mi hermano a casa para ducharse. Yo, por suerte, ya casi estoy preparada.

—Hermanita, estoy listo.

—Yo también.

—¡Estás guapísima!

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—Por cierto, no me has dicho qué regalo has comprado.

—Ni pienso decírtelo. Cuando lo abra él, lo sabrás. Y si no le gusta, será tu culpa, y quedarás fatal con tu amigo del alma.

—¡Eres mala, Laura!

—Sí. Intento aprender de mi hermano mayor.

—Sabes que no tenía tiempo.

—¡Por favor, Diego! ¿Te enteraste ayer de que era su cumpleaños?

—No, claro que no. Pero lo he ido dejando. He tenido mucho trabajo.

—¿Te refieres a trabajo con tus amigas?

—¿Por qué me dices eso?

—Déjalo, anda. ¡Vamos o llegaremos tarde!

Salimos de casa y nos vamos a un restaurante de la rambla. Allí nos esperan los amigos de Mario y de mi hermano.

—Hola, Diego. ¿Quién es esta chica tan guapa?

—¡No se te ocurra acercarte, o te corto los huevos! —le dice mi hermano—. Es mi hermana. Así que ni mirarla.

—¡Vaya, vaya! ¿Me ganaré un enemigo?

—No, te ganarás una patada en las pelotas. —Reímos, y pronto me doy cuenta de que el cumpleaños ya ha llegado. No puedo evitar mirarlo. Está realmente guapo. Lleva unos vaqueros, una camisa blanca con los tres primeros botones desabrochados, le hace tan sexy... Su complexión es fuerte, pero si tuviera que mirarle solo a un sitio, sin duda, me quedaría con sus ojos. Intensos, grandes, de un verde esmeralda. Capaz de cautivar a cualquiera. Hasta a mí. Siempre le he considerado guapo, pero esta noche... esta noche me he dado cuenta de que me parece todavía más atractivo.

—¡Cumpleañero! —le gritan todos, y él no puede parar de sonreír. Los saluda, y por fin llega mi turno.

—Hola, preciosa. ¡Estás guapísima! —Se acerca a mí para besarme y su olor me lleva a pensamientos que jamás había tenido con él.

—¡Felicidades! Espero que no te importe que esté aquí, mi hermano...

—¡No te preocupes! Me encanta que estés aquí. Gracias por venir. —Me sonrío, y yo hago lo mismo.

La cena sale perfecta. Los amigos de mi hermano son geniales, yo me siento muy a gusto, aunque solo hay tres chicas. Me lo estoy pasando bien. Mi móvil suena. Cuando lo saco del bolso veo quien es. Roland.

—Perdonadme. Ahora mismo vengo —digo.

—Dime.

—Hola, Laura.

—¿Por qué me llamas? ¿Ha pasado algo?

—¿Crees que podrás venir más tarde? —Miro el reloj.

—No estoy muy segura. No sé si hoy podré.

—Inténtalo. Tengo que hablar contigo de algo.

—¿No puedes decírmelo por teléfono?

—No. Avísame más tarde.

—Te avisaré. —Cuelgo y voy camino a la mesa, cuando Mario me coge del brazo.

—¿Pasa algo, Laura? —me pregunta.

—No, nada.

—¿Quieres marcharte?

—No. Recibí una llamada, nada más.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. Tus amigos son geniales.

—Gracias por venir.

—No tienes por qué darlas. ¿Vamos?

—Sí, claro. —Y eso hacemos, volvemos a la mesa.

Horas más tarde estamos en la discoteca más famosa de Barcelona. Yo he bebido más de la cuenta, y estoy sentada sola en una mesa, mientras los demás bailan. Pero mi soledad dura muy poco, alguien me roza la espalda y siento un escalofrío.

—¿Qué haces tan solita? ¿Aburrida?

—No. Un poco cansada solo. ¿Y tú? ¿Qué hace el anfitrión aquí?

—Te veía muy solita. ¿Puedo quedarme contigo un rato?

—Claro.

—¿Te has dado cuenta de que hace más de cuatro años que nos conocemos y no sabemos nada el uno del otro?

—Sí. Es cierto. Aunque mi hermano no para de hablar de ti, creo que en el fondo algo te conozco.

—Sí. A mí también me habla mucho de ti.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y qué te dice de mí?

—Que eres muy buena, que le cuidas tú más que él a ti, y que... eres preciosa.

—¿De verdad?

—No. Eso último es cosa mía. Pero es una realidad.

—Mario, si no fueras un poco borracho, pensaría que me estas tirando los

trastos.

—A lo mejor lo estoy haciendo. —No puedo negar que me siento impactada al escuchar eso. ¿Mario tirándome los tejos a mí? ¡Eso no es posible! Pero el fantástico momento se rompe, suena mi móvil.

—Perdona. Tengo que contestar. ¿Sí?

—Hola, Laura. Dijiste que me llamarías.

—Lo siento. Me ha sido imposible.

—¿Vas a venir? —Miro el reloj y suspiro. —No puedo. Es demasiado tarde. ¿Nos vemos mañana?

—De acuerdo. A la misma hora de siempre.

—Hasta mañana. —Cuelgo y Mario me mira.

—¿Tu novio?

—No. Alguien con quien había quedado.

—Lo siento. ¿Quieres que te acerque a algún lado?

—No, ya es un poco tarde. Creo que me iré a casa.

—¿Sola? ¡Ni hablar! Yo te llevo.

—¡De eso nada! Es tu cumpleaños. Tienes que estar aquí.

—Ya estoy un poco aburrido, y también quiero descansar. Voy a avisar a estos. No te muevas de aquí. —Y eso hago, quedarme ahí. Pensando en las palabras que me ha dicho antes, y pensando en qué le pasa a Roland. No entiendo tanta insistencia para que nos veamos. ¿Qué le pasará? Antes de que pueda darle más vueltas a eso, vuelve Mario, mi hermano y los demás.

—¿Hermanita, quieres irte ya?

—Sí. Estoy un poco cansada.

—¿Te importa si yo me quedo?

—No. Para nada.

—¡Bueno, chicos, vamos a darle los regalos a este cabronazo! Aunque no sé si se merece algo. —Todos reímos.

—Saco nuestro regalo del bolso. Y se lo doy a Mario. Él me sonríe.

—Gracias. —Lo abre, y yo no puedo dejar de mirarlo a la cara. No sé si

habré acertado y en el fondo estoy nerviosa. Lo mira, me sonrío y mira a mi hermano—: Esto no es cosa tuya, ¿verdad, Diego?

—No. Dale las gracias a Laura. Ella tiene todo el mérito. —Se acerca a mí y me abraza.

—Gracias. Es cierto, me conoces un poco —me dice al oído—. ¡Me encanta! —Mis mejillas se vuelven rojas. Él no para de sonreírme y a mí me pone muy nerviosa. Abre los demás regalos y minutos más tarde estamos saliendo por la puerta de la discoteca.

—Gracias por acompañarme.

—No tienes por qué darlas. Además, voy a hacerte andar.

—No me importa. Me encanta pasear por la noche.

—¿Sabes, Laura? Es muy complicado conocerte. No sé nada de ti, solo lo poco y nada que me cuenta tu hermano. Pero creo que ni él mismo te conoce bien.

—Es difícil conocerme. Creo que ni yo misma soy capaz de conocerme.

—¡No digas eso! Venga, cuéntame algo de ti. —Por un momento tengo la necesidad de contarle que lo que realmente me apasiona es bailar, pero no, no puedo contarle eso. Es mi secreto. Un secreto que, de momento, no estoy dispuesta a contar.

—Soy una chica normal, Mario, mi tiempo está destinado a los estudios, a mis amigos, y a mi hermano. Mi vida es una vida normal.

—Siempre que te veo estas en casa estudiando. ¿No tienes novio, Laura?

—¿Novio? ¡No! Yo no tengo tiempo para eso. Solo quiero divertirme. ¿Y tú?

—No tampoco. Yo no entiendo por qué no tienes novio.

—Yo tampoco entiendo por qué no la tienes tú. —Nos miramos y nos reímos. Pasamos todo el camino hablando de la universidad, de su trabajo, nunca habíamos hablado tanto. Él es tan cercano, tan amable, tan... tan guapo. Por fin llegamos a casa.

—¿Te apetece pasar? —le pregunto.

—Sí. Gracias.

—¿Te apetece tomar algo?

—¿Una copa?

—¡Perfecto! ¿Las sirves tú? Voy a quitarme estos zapatos. Me están matando.

—De acuerdo, señorita.

Me quito los zapatos y voy a por una goma del pelo. Cuando llego, Mario está sentado en el sofá. Me siento a su lado. Me tiende una copa.

—Gracias. —Seguimos charlando cuando...

—¿Puedo decirte una cosa?

—Claro. Lo que quieras —le digo. Se acerca a mí y me acaricia el pelo.

—Estas mucho más guapa con el pelo suelto. —Yo miro a un lado. Estoy avergonzada. Me toca el pelo y suelta mi coleta—. Mucho mejor así.

—Yo...

—Eres preciosa, Laura. No sé por qué no me he dado cuenta antes. Ojalá...

—¿Ojalá qué, Mario?

—Ojalá y no te viera como a una hermana, Laura. Porque seguramente en este momento te besaría. —Cierro los ojos y, por un momento, me imagino sus labios en los míos. Nunca le había visto con los ojos que le veo ahora. Me gusta más de lo que imaginaba. Pero de nada vale. Para él solo soy ¿su hermana? Yo nunca le he visto como un hermano.

—Bueno, será mejor que... —digo

—Sí. Yo ya me voy a casa. Creo que es lo mejor. Gracias por venir al cumpleaños, y gracias por el regalo. No podías haber acertado más.

—Gracias a ti, Mario. —Se acerca y nos damos dos besos. Nuestras pieles se rozan. Y yo vuelvo a sentir ese escalofrío que me recorre el cuerpo.

—Buenas noches, Laura.

—Buenas noches, Mario.

Se marcha. Yo me pongo el pijama, y me voy a la cama. Pensando en cómo ha podido suceder. Pensando en qué momento Mario ha empezado a gustarme de esa manera.



## Capítulo 4. Bailando

Después de dormir poco y de pasar todo el día pensando, por la noche me voy al sitio donde mis problemas dejan de serlo, aunque quizás esa noche, no.

—Hola, desaparecida.

—Hola. ¿Qué te pasa? ¿Por qué tanta urgencia?

—Tengo que hablar contigo de algo importante.

—Dime.

—Ya se han presentado las solicitudes para el concurso y...

—¿Y? ¿Qué pasa?

—Que estas inscrita.

—Vale, Roland. No pasa nada. Tenía claro que lo harías, antes de que te dijera que sí. No te preocupes.

—No, Laura, ese no es el problema.

—¿Entonces?

—No puedo ser tu pareja. He tenido que buscar a otra persona.

—¿Cómo? ¿Cómo que no puedes ser mi pareja? ¿Cómo que otra persona?

—Sí. No puedo bailar. Tengo una conferencia ese fin de semana en Alemania. Pero necesito que tú lo hagas.

—¿Qué haga el qué? Se supone que yo hacía esto porque tú eras mi pareja, y era una oportunidad para mí, no para ti.

—Tranquila. Te he buscado la mejor pareja que puede haber, créeme.

—¡No pienso bailar con nadie, Roland!

—¡No seas cabezota, Laura!

—Es una buena oportunidad.

—¿Oportunidad para quién, Roland? Ya te dije que no quiero tener que ver nada con el baile. Para mí solo es mi manera de relajarme, nada más.

—No dices la verdad, Laura. El baile es tu vida. Y no sé por qué tienes tanto miedo a reconocerlo. No es nada malo. Eres buena, muy buena. Podrías dedicarte a ello, hasta con los ojos cerrados.

—No es eso lo que quiero.

—¿Estás segura? ¡Piénsalo! Cuando bailas eres otra persona. ¿Por qué vienes aquí, entonces?

—Ya sabes la respuesta. Al igual que en el gimnasio, aquí me relajo. Es lo que necesito después de pasar días duros.

—¿De verdad puedes comparar esto con el gimnasio? Ni tú misma eres capaz de creerte lo que dices.

—¡No quiero hablar de eso!

—¡Perfecto! No hables. Pero por lo menos, dale una vuelta por tu cabeza. Piensa si en verdad el baile no es el motor de tu vida. Ahora pasemos a otro tema. Como te he dicho, te he inscrito con otro chico. Es el mejor. Ganaréis seguro. Pero, por favor, tómatelo en serio. Necesito que, por una vez, esto no sea tu escape, sino tu prioridad. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí. Claro que podré. ¿Voy a tener que enseñarle a bailar?

—No, no lo creo. Es muy bueno, Laura. Demasiado. Yo os dirigiré la coreografía, y estaré con vosotros hasta el final.

—Bien. ¿Y cuándo empezaremos?

—Mañana mismo. Él estará aquí a las cinco.

—¿A las cinco?

—Claro. ¡No tenemos tiempo, Laura! Y tengo que ver cómo cuadráis entre los dos.

—Me debes una, ¿lo sabes?

—Quizás me la debas tú a mí. De verdad, si después de que acabe todo esto,

tú sigues con la misma idea de que el baile es solo tu escape, te dejaré en paz, prometido.

—Eso espero. Ahora, ¿podemos bailar, por favor?

—A sus órdenes, señorita.

Bailamos una bachata. Y como siempre, es mi cuerpo el que manda. Bailando soy feliz. Esa es la realidad.

## Capítulo 5. Alguien como tú

Después de una noche movidita me levanto para irme al *gym*. Mi hermano ya está despierto.

—Buenos días, hermanita.

—Hola.

—¿Qué tal con Mario?

—Bien. Me trajo a casa, tomamos algo y se marchó. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad. Me resulto un poco raro que os fuerais juntos.

—¿Raro? Él se ofreció a llevarme. No hay nada raro en eso.

—Nunca os había visto hablar tanto.

—¡Hermanito! No inventes con tu mente perversa. No hay nada raro. Por cierto, esta noche llegaré tarde. No te preocupes, ¿vale?

—¿Dónde vas?

—Voy a salir con unos amigos.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

No sé qué intentaba insinuar mi hermano, o bueno, quizás sí lo sepa. Pero lo que él piensa, nada tiene que ver con la realidad, por lo menos después de lo que me dijo ayer.

Pronto llegan las cinco. Ya estoy esperando a que Roland llegue con mi nuevo compañero de baile. No me fio nada de él. Ojalá y pase pronto todo esto. Por fin veo que Roland se acerca con un chico.

Tiene el pelo castaño, algo largo, es alto y delgado, sus brazos se ven fuertes, pero cuando se acerca, por poco pierdo la cabeza, sus ojos son azul cristalino, y una preciosa sonrisa que, podría decirse, es su carta de presentación.

—Hola, Laura, ya estamos aquí. Te presento a Jaime. Jaime, esta es Laura, tu compañera de baile, trátala bien, es mi joya más preciada.

—Encantado, Laura, es un placer conocerte. Roland me ha hablado mucho de ti.

—Igualmente.

—Bueno, chicos. Manos a la obra. No tenemos mucho tiempo.

Nos centramos en la pista, y Roland nos da las indicaciones. Suena *Propuesta indecente*, de Romeo Santos. Jaime se acerca a mí. Bailamos durante un rato, pero yo estoy totalmente perdida, por primera vez en muchos años estoy nerviosa al bailar. Roland también lo nota. Después de seis horas, parando y retomando, no conseguimos que salga algo decente.

—Será mejor que lo dejemos por hoy. No sé qué te pasa, Laura, pero no das pie con bola.

—Lo sé. Yo tampoco. Supongo que será el cansancio.

—Lo dejamos y seguimos mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —digo. Qué más puedo hacer, si no consigo concentrarme.

—¿Tomamos algo, chicos? —dice Jaime.

—Yo no puedo, chicos, pero quedaos vosotros y pasadlo bien. Iros conociendo.

—Yo...

—¡Quédate! Roland tiene razón, tenemos que conocernos —me dice Jaime.

—Está bien. Algo rápido. —El *algo rápido* se convierte en las cuatro de la mañana. Nos pasamos horas contándonos cosas de nuestras vidas, del baile, cenamos algo, y más tarde, él se ofrece a llevarme a casa. Yo acepto.

—Lo he pasado muy bien, Laura. No pensaba que fuéramos a congeniar tan rápido.

—Yo tampoco. Lo cierto es que tenía un poco de miedo. Supongo que también por eso no he dado ni una hoy bailando.

—No te preocupes, es normal. Yo también estaba nervioso. Roland me había dicho que eras una diosa del baile.

—Siento que te hayas llevado una decepción.

—No estoy decepcionado. Estoy seguro de que lo eres. Solo estabas nerviosa por la situación. Mañana será mejor.

—Estoy segura de ello.

—¿Nos vemos mañana a la misma hora y en el mismo lugar? —Me mira y sonrío. Tiene una sonrisa preciosa.

—Sí. Allí nos vemos. Gracias por entenderlo y por traerme a casa. Nos vemos mañana. Le guiño un ojo y salgo del coche. Cuando llego a casa, mi hermano ya está durmiendo, así que trato de hacer el menor ruido posible. Hoy pienso en Jaime. En sus bonitos ojos azules, y en la grata sorpresa que me he llevado al conocerle.

Al día siguiente, sigo con mi rutina, vuelvo al *gym*, me encargo de la comida, de la casa, y a las cuatro, vuelvo a prepararme para ir al local. Espero que hoy la cosa mejore. A las cinco estoy allí, como un clavo. Jaime y Roland ya me están esperando.

—Hola, señorita. ¿Qué tal hoy? —me pregunta Roland.

—Hola. Mejor. Menos nerviosa.

—Bien. Entonces demuéstrole a este muchacho que es cierto todo lo que he dicho de ti. —Suena la música de nuevo, Jaime se acerca a mí, creo que vuelve a notar mis nervios.

—Estate tranquila. Baila como si lo hicieras con un amigo. No tienes que demostrarme nada Laura, sé que eres buena. Te he visto bailar.

—¿Cuándo?

—Muchas veces. Yo también frecuento este sitio. Te he visto bailar con Roland, y me has dejado fascinado, todas las ocasiones.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque no quería que pensaras que te espiaba o algo así.

—No iba a pensar eso.

—Bueno, ahora que sabes que sé que eres la mejor ¿empezamos?

—Por supuesto. —Seguimos las indicaciones de Roland. Al principio sigo con mis nervios, pero minutos después, Jaime me hace sentir tan cómoda... tan yo, que me dejo llevar por la música, por sus movimientos, por su cuerpo y por su mano, pegada en mi cintura. Hacía tanto tiempo que no sentía los brazos de un hombre en mi cuerpo. Roland no cuenta, por supuesto. Aunque no estoy diciendo toda la verdad, hace unos días Mario me tocó, y a mí me pareció... increíble. Lamentablemente, duró demasiado poco.

—¡Fantástico, chicos! Sabía que os ibais a compenetrar perfectamente.

—¿Bien entonces?

—Por supuesto. Hay que retocar algunas cosas, pero a mí me parece perfecto. —Sonreímos.

—Os merecéis un descanso.

La semana pasa rápido entre ensayos y largas charlas con Jaime. El viernes me acerca a casa, son casi las cuatro de la mañana. Hemos conectado tan bien. Parece que nos conocemos de hace años, aunque la realidad es bien distinta. Entro en casa en silencio, y cuando doy la luz, me asusto. Mario está en el sillón.

—Perdona, no quería asustarte —me dice.

—No sabía que estabas aquí.

—Sí. Tu hermano me invito a quedarme.

—¿Y te invita al sofá?

—Sí. Está acompañado. Tú no estabas y he preferido quedarme aquí a ver la tele, no me apetece escuchar cómo folla. —Reímos.

—Supongo que no es el mejor plan, no.

—¿Y tú? ¿De dónde vienes tan tarde?

—De... de estar con unos amigos.

—A mí no tienes que mentirme, no soy tu hermano.

—¡Vaya! Yo pensaba que sí. Pensaba que era como tu hermana.

—¿Estás enfadada por eso?

—No. Yo no me enfado por nada.

—¿Estás mintiendo! Te tiembla en labio superior.

—¿Me estas analizando?

—No. Solo sé que estás mintiendo.

—Vale, tú ganas. No me gustó que me dijeras eso. Pero tampoco sé por qué.

Tú y yo nunca hemos tenido demasiada confianza.

—Lo siento. No debí decir eso.

—No te preocupes. No pasa nada.

—Y ya que estamos siendo sinceros... ¿con quién has estado?

—Con un amigo.

—¿Con un amigo?

—Sí, Mario, con un amigo. Con un amigo que no me ve como a una hermana.

Me voy a dormir. Buenas noches. —Y ahí le dejo, me subo a mi habitación, arrepintiéndome de lo que he dicho. Parece que estoy enfadada porque me gusta. Y eso... eso no es verdad. ¿O sí? ¿Por qué me importa tanto ahora lo que piense de mí? ¡No puede gustarme! ¡Mario no puede gustarme!

A la mañana siguiente...

—Buenos días, hermanita.

—Buenos días.

—¿Quieres café?

—Sí. Gracias.

—¿Dónde estuviste anoche? —Mario aparece en la cocina, y me mira. Buenos días, me dice.

—Buenos días —respondo—. Estuve con un amigo. Esta noche también llegaré tarde.

—¿Vas a salir otra vez?

—Sí. ¿No decías que no salía? Pues ahora voy hacerlo a menudo.

—Me parece bien, hermanita. Pero tengo que cuidarte. Deberías de



presentarme a tu amigo.

—Algún día.

—Nosotros también saldremos esta noche.

—Pues pasadlo bien. Me voy, chicos. Voy a quemar calorías. Adiós, Mario.

—Adiós, Laura.

Esa tarde vuelvo a los ensayos. Jaime y yo seguimos con nuestras charlas, y hasta Roland nos llama la atención en alguna ocasión.

—¿Se puede saber qué os pasa? —pregunta Roland.

—Nada.

—Al final, me voy a arrepentir de haberos presentado. —Reímos y tratamos de tomárnoslo más en serio. Sus manos en mi cuerpo vuelven a alterarme. Bailar con él es pura sensualidad, hacemos una pareja estupenda. Estoy segura de que ganaremos.

Por la noche, vuelve a llevarme a casa, y sucede algo que no esperaba.

—Gracias por traerme otra vez.

—Es un placer, Laura. ¿Sabes? Tengo algo que decirte.

—Dime.

—Nunca me había pasado esto con nadie, pero bailar contigo me hace sentir cosas... que nunca había experimentado. No sabría decirte qué es lo que me pasa. Solo que no puedo controlarlo. No sé si meteré la pata, Laura, pero... me gustas, me gustas mucho —me dice, y se acerca a mí lentamente, y sus labios a los míos. Un beso corto, pero dulce. Me acaricia, y se aparta.

—Lo... siento.

—No te preocupes, Jaime. Yo... bueno yo en este momento, no sé muy bien...

—Tranquila. No quiero presionarte. Solo quiero que sepas que me gustas mucho.

—Tengo que irme. Mañana nos vemos. —Salgo del coche y voy a casa. Abro la puerta y ahí están. Sentados en el sofá, en mi sofá, y besándose. ¿Será que el alcohol me afecta? ¡No claro que no! ¡No he bebido! Y lo que mis ojos

están viendo en este momento es la realidad: Mario, en mi casa, con otra tía, y besándose en mi sofá. No se dan cuenta de mi presencia. En este momento, me siento la mujer más estúpida del mundo. No puedo parar de mirarle. La besa con tanta pasión... Sus manos se pierden en la cintura de ella. Nada que ver con lo que yo he vivido hace apenas unos minutos en el coche de Jaime. No aguanto más y doy un portazo. Subo corriendo las escaleras, sin molestarme, tan siquiera, en saludar. ¡Le odio! ¿Cómo es capaz de hacer eso en mi casa? En mi habitación y sin previo aviso, mis lágrimas comienzan a salir. Estoy llena de rabia, pero también de dolor. Hace cinco minutos me he dado cuenta de que Mario me gusta más de lo que estoy dispuesta a admitir.

A pesar de que estos días con Jaime han sido perfectos y que su beso ha estado bien, mi mente lleva días pensando en Mario. Desde el día de su cumpleaños no he podido sacarlo de mi cabeza.

Me da tanta rabia pensar que hace días podríamos habernos besado y que él no lo hizo porque me ve como a su hermana. ¿Qué tipo de excusa es esa? ¡Es patética! Prefiero que me diga que soy fea, o que no le gusto. Pero no que me ve como a una hermana.

Alguien toca a la puerta. Abro, y es él.

—¿Qué haces aquí?

—¿Podemos hablar?

—No sé de qué podemos hablar tú y yo. —Pasa.

—Quiero pedirte perdón, Laura. No estoy en mi casa, y no tengo por qué estar con nadie aquí. Entiendo que te moleste.

—¿Qué entiendes que me moleste? ¡Tú no entiendes nada, Mario!

—No estoy en mi casa. ¡Oye! ¿Estás llorando?

—¿Puedes irte? No me siento muy cómoda contigo aquí.

—No me voy a ir hasta que me digas por qué estás llorando.

—Estoy cansada, y he tenido un mal día, nada más. —Se acerca a mí.

—¡Eres una maldita mentirosa! —me dice en el oído riéndose.

—¡Y tú un gilipollas!

—Sí. Lo sé.

—Deberías bajar con tu amiga. No se vaya a pensar lo que no es.

—Mi amiga puede pensar lo que quiera, además ya se ha marchado.

—¡Vaya, qué pena!

—Dime que es lo que te pasa, Laura. ¿Por qué lloras? —Se acerca y sus dedos rozan mis mejillas. Yo vuelvo a sentir ese escalofrío, el mismo de siempre, el que me recorre el cuerpo cada vez que él me toca. Acerca su cara a la mía, y cuando estamos a medio centímetro, el uno del otro, me dice...

—No eran sus labios los que quería besar. Eran los tuyos. —Trato de digerir la frase que acaba de decirme. ¿Va a besarme? ¡No! Sí lo hace, me será mucho más difícil olvidarme de él.

—¡No te atrevas a besarme! No pienso comerme las babas de otra. Y seguro que estás borracho, de otra manera no se te ocurriría hacer esto.

—¿Borracho? Me he bebido una coca-cola, Laura. Sé que tú también quieres besarme. Y sé que estás así por lo del salón.

—¿De verdad piensas eso? ¡No tienes ni idea! ¡Yo no tengo ninguna intención de besarte! Y si estaba así es porque he discutido con mi novio. Nada tiene que ver contigo.

—¿Tu novio? Hasta...

—Sí. Estamos saliendo. Por eso estoy llegando tarde estos días.

—Yo...

—No hace falta que digas nada. Y respecto a lo del salón, te agradecería que tus líos no los traigas a mi casa. No por nada, sino porque no me apetece llegar y verte revolcándote con otra. No deja de ser mi casa.

—Tienes toda la razón. No volverá a suceder, no te preocupes. Yo me marcho ya. Cuando veas a tu hermano, dile que me llame mañana, por favor.

—Lo haré. —Me dice eso y se marcha. Y yo comienzo a respirar de nuevo. No pudo creer que haya estado de punto de besarme. ¿Por qué ahora, si él nunca ha mostrado ningún interés en mí? No entiendo cómo después de estar con otra es capaz de besarme, ni siquiera de intentarlo. ¿Qué le pasa por la

cabeza? Me temo que esto no va a ser fácil.

## Capítulo 6. Inesperado

Después de una noche agitada, intento poner mi mente en orden, aunque lo cierto es que me resulta casi imposible.

Tengo muchos frentes abiertos. El primero, Jaime, que después de nuestro beso nocturno y mi posterior huida, no sé qué debo hacer, ni cómo debo tratarle.

Y el segundo, Mario. Anoche me dio la sensación de que en verdad se iba dolido. Pero sigo sin entender por qué, fue él el que me dijo que me ve como una hermana. ¿Qué pasa, que a las hermanas se las besa? Yo no soy chica para él. Él es demasiado guapo, demasiado atractivo, demasiado... demasiado para mí. Y lo peor de todo: es amigo de mi hermano. Aunque quisiéramos, no podríamos estar juntos.

Hoy más que nunca necesito ir a bailar.

—Hola, Laura, ¿cómo estás? —me pregunta Roland.

—No he tenido una buena noche.

—Perfecto entonces. Eso quiere decir que vas a bailar genial. —No digo nada, porque esa es la verdad. Roland me conoce bien.

Después de dos horas bailando, paramos a descansar.

—¡Fenomenal, chicos! ¡Está perfecto! Aunque creo que deberíais acercaros más. Estáis demasiado distantes. Necesito que os comáis con la mirada, y que vuestros cuerpos despierten deseo. Tenéis que trabajar mucho eso.

—Siempre tienes un *pero*, Roland —digo.

—Sí. Ya sabes que me gustan las cosas perfectas. Os espero mañana a la misma hora.

—Roland, tenemos que dejarlo para la semana que viene. Tengo trabajo y es imposible —dice Jaime.

—Sacad tiempo de donde queráis, pero quiero que la semana que viene todo esté perfecto.

—¿Quieres que te acerque, Laura?

—¿Puedes?

—Claro.

Nos despedimos de Roland y nos vamos al coche. Hay un silencio muy incómodo entre nosotros. Decido romper el hielo.

—Gracias por acercarme.

—No me cuesta nada.

—Yo quería...

—No tienes que decir nada. Todo está bien.

—Pero quiero hacerlo. Lo que pasó ayer, me gusto. Me gustó mucho, Jaime. Eres un chico muy guapo, y he congeniado a la perfección contigo.

—¿Pero?

—Que, en este momento, no quiero meterme en líos.

—¿Estás con alguien?

—No. Solo que no tengo tiempo para pensar en esas cosas ahora.

—Tranquila, no pasa nada.

—No me gustaría que esto afectara a nuestra relación.

—No lo hará. Te lo prometo.

—¿De verdad?

—Sí. —Por fin me deja en casa.

—Gracias por traerme.

—No tienes que dármelas. Te avisaré para quedar.

—De acuerdo.

Y así se acaba nuestra conversación. En este momento no tengo tiempo de

pensar en líos. Quiero a los hombres alejados de mi vida.

La semana pasa rápido, pero es tediosa. No he podido ir a bailar porque Roland se ha ido de viaje, y Jaime está trabajando. Así que llevo días aburrida, metida en casa y en el gimnasio. Por suerte, la semana no ha acabado y el viernes sucede algo inesperado.

—Hermanita, voy a salir. ¿Tú que vas hacer?

—Quedarme en casa. No tengo plan.

—¿Por qué no te animas y te vienes?

—¿Con vosotros? ¿Qué pinto con vosotros?

—Despejarte y pasártelo bien.

—¿Quiénes vais?

—Algunos del curro.

—No sé. Lo pensaré.

—Hemos quedado a las once, si te animas, dímelo. Tengo que irme. Luego hablamos.

¿Salir con los amigos de mi hermano? ¿Salir con Mario? Me apetece verle. Creo que tenemos que hablar. Me decido y me voy con ellos. Aunque no salgo demasiado, tengo algún modelito para lucir, y esta noche no pienso desaprovechar la oportunidad.

Cuando llegamos al local, saludo a todos, y dejo a Mario para el final.

—Hola.

—Hola. No sabía que venias —me dice.

—Me lo dijo mi hermano, y me apetecía despejarme un rato.

—Me alegro.

—Me gustaría que habláramos.

—Bien. Cuando quieras. Más tarde te busco. Ahora tengo que ir a ver a alguien.

—Vale —me dice eso y se va. No me ha parecido que esté muy interesado en hablar conmigo.

Intento distraerme todo lo que puedo, pero lo cierto es que no lo consigo.

Mario ha vuelto y, por desgracia, bien acompañado. No para de hablar con una rubia despampanante, ella no le quita los ojos de encima, ni tampoco las manos, y él parece que se la comiera con la mirada. No soporto más la escena y me voy a por una copa. Y ahí me quedo, entablado conversación con el camarero, algo raro en mí, y tratando de no pensar en la imagen que acabo de ver. Me tomo dos copas y el camarero me invita a un chupito. Para mi buena suerte suena una salsa. Y mis pies me piden paso. Pero no puedo hacerlo. Empiezo a moverlos, y muevo los dedos en la barra, al compás de la música.

—¿Sabes bailar? —me pregunta el camarero.

—No. Bueno, sí. Pero no me gusta demasiado cuando hay tanta gente.

—Daniela, sustitúyeme un momento. Enseguida vuelvo. —Se acerca a mí y me coge la mano—. ¿Bailas conmigo?

—Yo...yo no...

—¡No hay excusas! ¡Vamos! —Me coge de la mano y me lleva hasta la pista—. Estoy seguro de que bailas bien. —No le contesto. Es evidente que sé bailar, y que lo hago bien, pero no estoy acostumbrada hacer esto. Me acerco a él. Y me mira.

—No pienses en nada, solo disfruta y pásalo bien.

Y aunque me parece increíble hasta a mí, eso hago. Me olvido de que hay gente a mi alrededor, me olvido de que me miran, y disfruto de cada movimiento, de cada compás. No pienso en nada. Solo en bailar. En lo que realmente me hace feliz.

Este hombre baila genial. Se acerca a mí lentamente, me lleva hacia él y me besa. Un beso que nada tiene que ver con lo que había experimentado antes, un beso apasionado, un beso en el que solo hay deseo, pero que no puedo negar que me gusta.

La canción se termina, y nos separamos.

—Bailas genial, pero besas todavía mejor. —Me lleva hacia él, y vuelve a besarme. Esta vez, juega con su lengua en mi boca, y pone su mano en mi culo. Yo pierdo el control y me engancho a él. Seguimos besándonos. Hasta que me



doy cuenta de la realidad. No estamos solos.

—¿Qué te parece si más tarde acabamos con lo que hemos empezado? —Voy a contestar cuando alguien se me adelanta.

—No va a ir contigo a ningún sitio. Así que, vete a trabajar y déjala en paz.

—¿Y tú quién eres? ¿El novio celoso?

—No. Él es... mi hermano. No le hagas caso.

—¿Tu hermano? Tú lo has querido. —Me coge del brazo y me lleva hacia él. En menos de medio segundo, estoy pegada a su boca. Y un momento después tengo sus labios pegados a los míos. Rozando mi lengua con la suya, y probando el sabor que tienen sus besos. El sabor de la perdición. Un beso que he deseado desde siempre. Sus labios, es lo mejor que he probado en mucho tiempo. —Se separa de mí, y me sonrío. Yo le miro, y le doy una bofetada.

—¿Qué te piensas que soy? ¿Una de tus amiguitas? Conmigo te equivocas, Mario. —Me alejo de él. El camarero ha desaparecido de nuestra vista. Y yo aprovecho para huir. No puedo quedarme más a su lado.

A partir de ahí, la noche pasa de ser fantástica a ser horrible. Decido pedir un taxi. No quiero seguir aquí. Me despido de mi hermano y me marcho. Salgo fuera para esperarlo. Saco mi móvil, me pongo los auriculares y me concentro en la música que suena.

Alguien me pone la mano en el hombro. Sé que es él, su tacto en mi piel es inconfundible. Me giro, y cómo no, me está sonriendo. Me quito un auricular y le miro.

—¿Qué haces aquí sola?

—Esperando un taxi.

—¿Te marchas?

—Sí. No tengo ganas de seguir aquí.

—Te llevo.

—Te he dicho que estoy esperando un taxi.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—¿Y tú? ¿Por qué no me dejas en paz?

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí, Mario. Es lo que quiero, y lo que necesito. No quiero que vuelvas a besarme nunca.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Bien. Entonces serás tú la que venga a pedirme que te bese.

—Yo no haré eso.

—No voy a volver a besarte. Pero no voy a dejar que te vayas a casa sola. Así que vamos.

—Te he dicho...

—Y yo te he dicho que te llevo. ¡Vamos! —Al final desisto, y me voy con él. No hablamos en todo el camino. Pero cuando llegamos a la puerta de casa, él se decide.

—Mira, Laura, no quiero que estemos así. Tú y yo siempre nos hemos llevado bien. No quiero que eso cambie. Últimamente, siento que todo lo que hago contigo, lo hago mal. Me resulta imposible hablar contigo, y cuando lo hago, tú estás a la defensiva. ¿Tan difícil es entender que me gustas? No te estoy pidiendo matrimonio. Solo necesito saber que cuando me acerco a ti, provoco lo mismo que tú en mí. —Se acerca a mí, coloca mi pelo detrás de la oreja, y roza con sus dedos mi cara. —Dime que tú no tienes las mismas ganas que yo de besarte. Dilo, Laura, y te prometo que no vuelvo a acercarme a ti.

—No, Mario, no tengo las mismas ganas, tengo muchísimas más. Pero esto no está bien. Tú y yo somos tan diferentes, está mi hermano también.

—¿Y por qué tenemos que preocuparnos de los demás? Nada de eso importa ahora. Solo tú y yo, aquí y ahora. —Le miro, y me parece increíble, tenerle tan cerca, acaricia mi cara, y se acerca a mi boca. Y vuelve a besarme, lento, suave, más dulce de lo que podría imaginar. Se acerca lentamente a mi cuerpo, sus manos se enredan en mi cintura, y las mías se pierden en su cuello, y mientras que nos besamos, mis dedos juegan con su pelo. Él no pierde el tiempo y desabrocha mi vestido, sus labios bajan por mi cuello, y sus manos

se pierden dentro de mi vestido. Yo no pierdo la oportunidad, y me pierdo dentro de esos pantalones. Cuando me doy cuenta estoy desnuda, subida encima de él, y con mis labios, pegados a los suyos. Besándole, como tantas veces había soñado. Y me doy cuenta de que estoy cometiendo el error de mi vida. Me he dejado llevar. Me quito de encima de él, y cojo el vestido, mirando a cualquier sitio que no sean sus ojos, porque ellos son mi perdición.

—¿He hecho algo mal? —pregunta.

—No. Tengo que irme. Esto no está bien, Mario. De verdad que me apetece tanto como a ti, pero no podemos hacer esto. Vete a casa.

—Bien. Descansa, pequeña. —Me bajo del coche, tratando de buscar las llaves de casa, pero no doy una. Por unos segundos pienso en darme la vuelta, pero sé que no debo hacerlo.

He hecho lo correcto. Acostarme con él solo complicaría más las cosas. Pero esa noche no dejo que mi mente piense en otra cosa que no sea él, en sus caricias, sus besos, y el sabor que ha dejado en mí.

## Capítulo 7. Complicando las cosas

**A**l día siguiente me despierta la bonita voz de Roland. Y no es para darme los buenos días precisamente.

—¿En qué piensas, Laura?

—¿Ahora mismo? En dormir, Roland. Ayer llegué muy tarde.

—No estoy para bromas. Estamos a cinco días de la competición, y tú no te lo estas tomando en serio.

—¿Por qué dices eso? Esta semana, hemos estado ensayando.

—¡Laura! No has quedado en todo el fin de semana con Jaime.

—Sí. Es cierto. Pero él también tiene vida. El viernes me dijo que trabajaba y que saldría tarde. Y ayer salí un rato.

—¿Y cuándo piensas ensayar?

—¿Por qué no se lo preguntas también a él?

—Descuida, que lo haré.

—Prometo llamarle hoy. Pero tranquilízate. Tenemos tiempo, Roland.

—Solo espero que de verdad salga bien. Si no, tendrás que oírme.

—Intentaré que todo salga bien, para no tener que hacerlo. ¿Cuándo vienes?

—Han adelantado la vuelta, y con un poco de suerte, estaré en Barcelona el viernes.

—¡Eso es genial! ¿Vendrás a vernos, entonces?

—Lo intentaré. Tengo que dejarte. Te llamaré mañana. Espero que, para entonces, ya hayáis ensayado. ¿Entendido, señorita?

—Sí, jefe. Eso haremos. Disfruta del viaje.

¿Por qué está tan nervioso? Yo confío en mí, y también en Jaime. Creo que tenemos muchas posibilidades de ganar. Pero sí es verdad que esta semana hay que ensayar mucho. Decido ponerle un mensaje:

LAURA: \_10:20

*Hola, guapo. ¿Cómo estás? ¿Cómo tienes la semana, para poder ensayar? Roland está histérico. Un beso.*

JAIIME: \_10:23

*Hola guapa. Esta semana. Podemos quedar a partir de las diez. Antes no puedo, lo siento. Está muy nervioso. Quiere que ganemos a toda costa.*

LAURA: \_10:25

*Vale. Por mi perfecto. ¿Quedamos directamente allí?*

JAIIME: \_10:28

*Puedo pasar a recogerte. si quieres, y vamos juntos.*

LAURA: \_10:30

*Ok. Por mí, perfecto. ¿A las diez en mi casa, entonces?*

JAIIME: \_10:32

*Hecho. Mañana te veo. Tengo ganas de estar contigo.*

Yo también tengo ganas de verle.

Al día siguiente madrugo para ir al gym. Una buena clase de spinning, para desconectar mi mente de todo lo que paso ayer. Cuando llego a casa, mi hermano está en el sofá.

—Hola, hermanita. ¿Dónde estabas?

—En el gym. ¿Y tú? ¿No trabajas?

—Sí. Hoy estoy de noche con Mario. —Oír su nombre, me produce

escalofríos. —Esta noche duermes solita.

—No pasa nada. Yo voy a salir.

—¿Otra vez? Tú sales mucho últimamente. ¿Te has echado un novio y no me lo has contado?

—No. Solo es un amigo.

—Ten cuidado. Ya sabes cómo son los tíos.

—¿Cómo tú?

—Como yo no. Como todos. Te regalan los oídos, hasta que se acuesten contigo. Y luego no les interesarás para nada, hermanita.

—¡Vaya, gracias!

—No es porque seas tú. Es que es la realidad de lo que pasa.

—Yo no creo que sea así. ¿Todos tus amigos son así?

—Casi todos. Hasta Mario.

—¿Mario también?

—¡Mario el que más! Se tira a todo lo que se mueve. En la comisaría las tiene a todas locas. Y yo todavía no le he visto repetir con ninguna.

—Es un chico guapo. No es muy raro.

—¡Es un golfo, el cabrón! Pero porque puede. Después de todo, hace bien.

—¿Después de todo?

—Sí. Le dejo su novia después de siete años.

—¿Y por qué? ¿Le pilló con otra?

—¿Mario con otra? ¡Qué va! Vivían juntos, y él quiso dar un paso más con ella. Se la llevó a cenar y le pidió que se casara con ella. Ella le dijo que no estaba preparada y, días después, le dejó solo, con una casa, y con el perro.

—¿No volvió a saber de ella?

—Algo. Hablan de vez en cuando, incluso yo creo que alguna vez han vuelto a acostarse, pero no han vuelto.

—¿Siguen viéndose?

—Sí. Aunque él no habla mucho del tema. Yo creo que, a pesar de todo, sigue enamorado de ella.

—¿Y entonces, por qué se acuesta con otras?

—Porque los tíos somos así de imbéciles, hermanita. No le digas que te lo he contado, porque es capaz de cortarme los huevos.

—Tranquilo. No diré nada.

Y ahí acaba nuestra conversación. En realidad, no acaba ahí, pero yo dejo de prestarle atención para pensar en todo lo que me ha dicho. ¿Se ha acostado con toda la comisaría? ¿Sigue haciéndolo con su ex? ¿Y conmigo? ¿Qué quería, sumar una más a su lista?

Me alegro de que no pasara nada porque, si no, ahora me estaría arrepintiendo.

Esa noche mi hermano y yo salimos a la vez de casa. Mario le está esperando fuera. Me saluda, pero evito conversación con él. Por suerte, Jaime viene enseguida.

—¡Vaya, hermanita, no pierdes el tiempo!

—No. Vosotros no lo perdéis en la comisaria, y yo tampoco lo hago. Que tengáis buena noche. —Miro a Mario.

—Seguro que la tuya será mejor que la nuestra —dice Mario.

—Eso seguro —sonrío. Y me subo al coche de Jaime. Me sonrío, y le beso en la mejilla. Miro por la ventanilla y veo a Mario. Su cara lo dice todo, no le hace ninguna gracia que me vaya con él, pero me da igual. A mí tampoco me ha agradado enterarme de que se tira a toda la comisaría y que también lo hace con su ex.

—¿Qué tal estas? Estabas muy bien acompañada —dice Jaime.

—Sí. Es mi hermano y su amigo. ¿Tú qué tal el trabajo?

—Genial. Trabajar con los niños es apasionante.

—Ojalá pudiera ir algún día.

—Cuando quieras. Estás invitada.

—Gracias.

Esa noche, me resulta imposible concentrarme en el baile. Tengo muchas cosas en mi mente. Creo que Jaime lo nota, y me dice que nos vayamos a casa.

La semana pasa rápido. Los ensayos, cada vez van mejor. Y mi mente me está dando una tregua.

Aunque el jueves se complica la cosa.

—¿Hoy también sales, hermanita?

—Sí.

—¿Otra vez con ese chico?

—Sí.

—¿Cuándo vas a presentármelo?

—¡Diego, por favor!

—¿Qué pasa? Quiero conocerle. Tenemos que darle el visto bueno ¿Verdad, Mario?

—Sí. Aunque parece que tu hermana ya se lo ha dado.

—Voy a ducharme. ¿Nos vamos juntos, Mario?

—Sí. Aquí te espero, pero no tardes.

—No. Dos minutos. —Voy a salir de la cocina pero Mario me coge del brazo.

—¿A qué estás jugando? —me pregunta.

—¿Yo? No juego a nada. No sé de qué hablas.

—¿No sabes de qué hablo? ¿Intentas darme celos?

—¡Pero qué dices!

—¡No te hagas la tonta!

—No me hago la tonta.

—¿A qué viene quedar tanto con ese tío? ¿Te acuestas con él?

—¿Perdona? ¿De verdad me estas preguntando eso?

—Sí.

—A ti no te importa. ¿Te pregunto yo a cuántas te has tirado esta semana?

—Pregúntalo. No tengo ningún problema en contestarte.

—No quiero saberlo.

—A ninguna.

—Me da igual.



—¡Mírame, Laura! A ninguna. No me he acostado con ninguna. No he tocado a nadie después de tocarte a ti.

—¿A tu ex tampoco?

—¿Cómo? ¿Cómo sabes tú eso?

—Lo sé y punto. Podrías habérmelo dicho tú.

—No tengo por qué contarte eso.

—Yo tampoco tengo por qué contarte con quién me acuesto. —Me coge del brazo.

—¡No juegues conmigo, Laura!

—¡No lo hagas tú conmigo! Yo no soy una más en tu lista.

—No quiero que lo seas.

—Tengo que irme.

—¿Te vas con él?

—Sí.

—No lo hagas.

—¿Por qué no voy a hacerlo?

—Porque te lo estoy pidiendo.

—No vuelvas a verla.

—No puedes pedirme eso.

—Tú a mí tampoco.

Salgo de casa. Y me voy con Jaime. Esa noche ensayamos hasta las cinco. Llego a casa muerta. Pero no consigo dormirme. La conversación con Mario, la competición de mañana, y lo que eso conlleva, me tienen en vela.

## Capítulo 8. Descubriendo

¡Llegó el gran día! Mañana y tarde de ensayos pero, por fin, llegó la noche. El temido momento ya llegó. Por suerte, Roland está a nuestro lado. Jaime no me ha soltado la mano desde que hemos llegado, y su sonrisa siempre me reconforta. Salimos los quintos. Por suerte o por desgracia, todo llega. Yo consigo dejar mis nervios fuera de la pista y bailo, como siempre lo he hecho con Roland, con sentimiento, con ganas, y sin pensar en nada ni en nadie. Simplemente con una preocupación: disfrutar. Hemos ensayado tanto la canción, que ya me parece perfecta. *Te robaré esta noche.*

Acabamos la canción y todo el mundo aplaude. Nunca había sentido esa sensación, pero me parece increíble.

—¡Lo habéis hecho increíble! ¡Sois los mejores! —nos dice Roland. Yo no puedo parar de sonreír. Y Jaime me abraza.

—¡Ella es la mejor!

—Sí lo es. El mundo se está perdiendo una gran bailarina. Tenéis muchas posibilidades de ganar.

—Ojalá, Roland —digo.

Una hora después todas las parejas hemos bailado.

—Ahora, señores, diré el nombre de los tres finalistas. Tendrán que volver a bailar. Pero esta vez, será algo espontáneo. Con esto terminaremos de decidirnos. Voy a proceder a decir los nombres. Los finalistas son: Carolina y Sergio, Mónica y Víctor, y Laura y Jaime. —Lo escucho y pego un salto. Jaime

me coge en brazos y me abraza.

—¡Somos finalistas, princesa!

—¡Sí! ¡Lo somos!

—¡Felicidades, chicos! ¡Estoy muy orgulloso de vosotros!

—Pero ¿qué vamos a bailar?

—Tranquila. Ellos decidirán la música. Vosotros solo tenéis que dejaros llevar. Confío en vosotros. Sois los mejores. Por eso estáis aquí.

—Yo...

—Eres la mejor, Laura, y parece que todavía no te has dado cuenta. Pero espero que esta noche te decidas y entiendas que esta es tu vida.

Minutos más tarde nos llaman para volver a salir. No paro de temblar, pero Jaime me coge de la mano.

—Yo también confío en ti. Desde el primer momento en que te vi bailar, supe que eras especial. Déjate llevar, como lo hiciste ese día. Todo va a salir bien.

Cierro los ojos, y suena la música. Y no puedo creer lo que escucho: *Yo también*, de Romeo Santos y Marc Anthony. ¡Adoro esa canción! No me resulta muy difícil dejarme llevar. Pensé que nunca podría compenetrarme tanto con nadie bailando como con Roland, pero me equivoqué. Con Jaime es totalmente diferente. Nada tiene que ver con el Jaime de fuera. Bailando es puro fuego. Pura sensualidad. Hay muchas formas de conquistar a una mujer, pero desde luego, para mí, bailando es una de las mejores.

Todo va perfecto, hasta que, a mitad de la canción, mi vista se va a un lado. Y no puedo creer lo que veo. ¡Mario está aquí! ¿Cómo se ha enterado? No para de mirarme.

—Nena, concéntrate. Pasas por debajo y te levanto hacia arriba ¿Vale? —me dice Jaime bajito. Asiento con la cabeza. Trato de no desconcentrarme y meterme dentro de la música otra vez.

Por fin acaba la música. No dejan de aplaudirnos y de silbarnos. Vuelvo a mirar donde estaba Mario, pero no le veo.

—¡Eres una diosa! —me dice Roland—. No te lo tomes a mal, Jaime. Es que

ella es mi niña.

—Lo entiendo. Para mí es la mejor.

—¿Crees que podemos ganar, Roland? —pregunto.

—Estoy seguro. Son muy buenos todos, pero lo vuestro no se puede describir. Lo vuestro no es un simple baile, hay algo más. Parece que os hablarais con el cuerpo, y no solo es una percepción mía. Es más, me han preguntado si erais pareja. —Jaime y yo nos miramos—. Pero eso es cosa vuestra. Cuando termine todo esto, quiero que los tres tengamos una charla.

—Vale. Eso está hecho —dice Jaime.

—Tomaos un respiro. En quince minutos sabremos la decisión final.

Y eso hacemos, respirar, aunque yo, en este momento, solo puedo pensar en Mario. ¿Dónde está ahora? ¿Y por qué estaba aquí?

—¿Pasa algo, *Lau*?

—No. Los nervios solo.

—Pareces preocupada.

—Necesito que pase esta noche ya.

—Ya queda poco, princesa. Está todo hecho ya. —Me cubre con su brazo y me sonrío.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por tener siempre una buena palabra para mí.

—Para ti nunca tendría una mala palabra. —Le sonrío. Sé que esa es la verdad.

—¡Chicos! Llegó el momento. ¿Preparados? —pregunta Roland.

—Sí. —Nos acercamos al escenario. Jaime me coge de la mano. El jurado comienza a hablar.

—Ya hemos tomado una decisión. Ha sido una competición dura, pero tenemos una pareja ganadora. No solo buscamos un buen baile, buscamos una pareja que nos transmita. Y eso, solo lo hemos visto en una, desde el principio. Los ganadores de esta competición son... ¡Jaime y Laura! —Pego

un salto. Jaime me coge, y no sé si es por los nervios, pero me besa.

—¡Hemos ganado, princesa!

—¡Sí! Gracias. Sin ti no hubiera sido posible.

—¡No digas tonterías! Tú eres la mejor, conmigo o sin mí.

—¡Enhorabuena, chicos! ¿Queréis decir algo?

—Estamos muy agradecidos y muy contentos, yo sabía que llegaríamos lejos, tengo a la mejor pareja posible —dice Jaime.

—¿Os puedo hacer una pregunta? —dice el hombre del jurado, con el micro en la boca.

—¡Claro!

—¿Vosotros sois pareja? —Nos miramos, y Jaime me sonrío.

—No. Pero me gustaría que lo fuera. —Me coge de la cintura y me besa. Todo el mundo aplaude.

—¿La señorita quiere decir algo?

—Solo dar las gracias. A mi pareja, porque sin él esto no hubiera sido posible. Y a mí otra mitad, Roland. Si él no me hubiera insistido, hoy no estaríamos aquí. —Le mando un beso con la mano y me sonrío.

—Gracias, chicos. Ha sido maravilloso contar con vosotros. Os deseo una carrera llena de éxitos.

Vamos al lado de Roland. Me abraza, y yo no puedo evitar llorar. Han sido muchas emociones hoy.

—¡No llores! Esto es el principio, cariño. Todo esto lo he hecho por ti. Para que te des cuenta de que esto, es lo que realmente quieres, que lo necesitas, y no solo como un escape.

—No sé, Roland.

—Claro que lo sabes. Tu vida está ahí subida. En un escenario. ¡Lucha por lo que quieres! ¡No lo dejes escapar! —Jaime me mira, asiente y me sonrío. Me abrazan.

—Os dejo. Tengo que irme a mover unos asuntos. ¡Disfrutad de la noche y celebradlo! ¡Os lo merecéis!

—Yo...

—No hace falta que digas nada, Jaime.

—Quiero hacerlo. Quiero que sepas que todo lo que he dicho es verdad. Quiero que seas... —No termina la frase. Mario está justo detrás de él. Su cara es seria.

—¿Podemos hablar, Laura? —Miro a Jaime.

—Tranquila. No pasa nada. Llámame mañana y quedamos, ¿vale? ¡Piensa lo que te ha dicho Roland!

—Lo haré. —Se acerca me da un beso en la mejilla y se marcha. Miro a Mario.

—¿Qué haces aquí?

—Eso mismo podría preguntarte yo. Quiero que hablemos. ¿Podemos salir fuera?

—Sí. ¡Vamos! —Salimos fuera. Y paseamos en silencio. Llegamos a un parque.

—Yo quiero... —le digo.

—Yo también quiero, Laura. Quiero que me expliques todo. ¿Desde cuándo bailas? ¿Y por qué tienes a todo el mundo engañado?

—Es una historia muy larga.

Se mira el reloj y me dice:

—Tengo todo el tiempo del mundo. Hasta mañana no tengo que trabajar.

—Llevo años bailando, Mario. Es un escape para mí. Hace unos años conocí a Roland aquí. Y se convirtió en mi pareja de baile.

—¿El hombre que estaba contigo?

—No. Ese es Jaime. Roland es profesor de baile. El primer día que bailamos, nos compenetramos muy bien. Y él es el único que sabe mi secreto.

—¿Pero por qué lo ocultas?

—Porque no quería dedicarme a esto. Sé lo sacrificada que es esa vida. He crecido sin mis padres por eso. Para mí, esto solo era un escape. Una forma de evadirme de los problemas.

—¿Un escape, y has ganado una competición Laura?

—No pensaba que la fuera a ganar. Ni siquiera quería presentarme. ¿Tan malo te parece?

—No, Laura. Es más, creo que, a tu hermano y a tus padres, les haría muy feliz.

—¡No quiero que les digas una palabra de todo esto!

—¿Por qué?

—Porque esto se quedará aquí. Esto es solo un *hobbie*. Mi vida no es esta.

—¿Estás segura?

—¿Tú también?

—Nunca te hubiera imaginado bailando. Te lo prometo. Y no entiendo mucho del tema, pero puedo decirte que me he quedado embobado viéndote bailar. Aunque...

—¿Aunque qué?

—No me gusta cómo te toca ese tío.

—¿Y cómo me toca?

—Con deseo. Te desnuda con la mirada. Y te toca como si fueras suya.

—Yo no soy de nadie, Mario.

—Eso es verdad. Pero vas a ser mía. Eso te lo prometo.

—¡No digas tonterías!

—No son tonterías. Más le vale que no se le vuelva a ocurrir besarte, porque es posible que pierda los dientes.

—¡No serás capaz!

—Sí lo soy. No le quiero cerca de ti.

—Pues es mi pareja de baile.

—Bien. Pero solo eso. Si te vuelve a besar, no respondo.

—¡Mario! Pareces un novio celoso.

—Novio no. Pero celoso sí estoy. A mí no me dejas besarte, y a él no le pones ninguna pega.

—Es diferente.

—¿Te gusta? —No respondo.

—Contéstame.

—Podría ser.

—¿Podría ser?

—Sí. Me gusta. Es un chico muy guapo.

—¿Te gusta más que yo?

—¿Y quién te ha dicho que me gustas?

—Tú no. Pero tu boca sí. Tu boca y tu cuerpo dicen todo lo que intentas callar.

—No juegues, Mario.

—Yo no juego. Estoy muy mayorcito para eso.

—No quiero lo que me ofreces.

—¿Y qué crees que te ofrezco?

—Un polvo de un rato. No me interesa.

—¿Y cómo sabes que no te interesa, si no lo has probado?

—Porque esas cosas son peligrosas. Tú estás acostumbrado a eso, pero yo no. Sigue tirándote a tus amigas de la comisaría. Conmigo no tienes nada que hacer.

—Yo no estoy con nadie, Laura. ¿Qué hay de malo en divertirse?

—No hay nada de malo. Pero conmigo no.

—¿Crees que con él va a ser diferente?

—No. Con él es diferente. Tú puedes hacer que mi cuerpo arda de deseo, pero él puede hacer que me enamore de él. —Se acerca a mí, mi cuerpo empieza a temblar, su mirada se clava en mí.

—Estas muy equivocada. Yo hago que tu cuerpo arda de deseo. Que cada vez que me voy de tu lado, no puedas sacarme de tu mente, y que sueñes con tenerme entre tus piernas, pero también puedo hacer que te enamores de mí.

—Entonces no lo hagas. No quiero sufrir.

—Solo quiero tenerte para mí.

—Está bien. Pero con una condición.



—¿Cuál?

—Que solo sea una noche.

—¿Una noche?

—Sí. ¿Lo tomas o lo dejas?

—¿Qué noche?

—La que quieras.

—Entonces, trato hecho. Quiero que sea esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. Esta noche voy hacer que no te olvides de mí, nunca.

Y no me parece tan difícil. Hace días que no le saco de mi cabeza. Si es difícil olvidarme de sus besos, no imagino cómo será olvidarme de su cuerpo.

—No quiero que vayamos a mi casa.

—¿Quieres ir a la mía?

—No sé sí...

—¡Vale! Lo he pillado. ¿Un hotel?

—Vale. —Y esta es la situación más incómoda que he vivido en años. Nunca había tenido que planear el acostarme con nadie. Y hoy, lo estoy haciendo. Y lo más importante, con el hombre que me gusta. Quizás debería sentirme afortunada, pero lo único que puedo sentir en este momento es miedo, mucho miedo.

## Capítulo 9. Cometiendo el primer error

Llegamos al hotel y todo me parece frío. Tengo la sensación de que somos dos amantes, escondiéndonos. Y eso no me gusta.

—¿Estás bien, Laura? —me pregunta.

—Sí. Solo que...

—¿Qué? Puedes decirme lo que sea.

—Que es una situación muy rara, Mario. Nunca he tenido que planear el acostarme con nadie. Y todo esto me resulta tan frío.

—Lo sé. Yo tampoco lo he planeado así. Pero no pienso desaprovechar la oportunidad de estar contigo. ¿Lo entiendes, verdad? —No digo nada porque, en realidad, no lo entiendo.

Subimos a la habitación, y se acerca a mí. Hacía tiempo que no sentía tantos nervios al estar con alguien. Estoy temblando.

—No tengas miedo. No voy hacer nada que tú no quieras hacer. Solo necesito saber si tú estás segura de esto.

—Lo estoy. Aunque creo que mañana nos arrepentiremos.

—Mañana queda muy lejos. —Me acaricia el hombro, y coloca mi pelo detrás de la oreja. Se acerca a mi boca, y roza mi labio inferior, con suavidad, pero puedo sentirlo. Y ahí comienza todo. Mi deseo incontrolable por él, y las malditas ganas de tenerlo en mi cuerpo. Me desabrocha la camisa, botón a botón, y cae al suelo, sigue con el sujetador. En ese momento estoy desnuda ante él, avergonzada de lo que él puede estar pensando, él está acostumbrado a

estar con chicas deslumbrantes, y yo... yo estoy muy alejada de ser así. Creo que él nota mi incomodidad.

—Deja de darle vueltas. Si estoy aquí es porque me encantas. Porque hace días que no dejo de pensar en ti. No tienes de qué avergonzarte.

—¿Cómo sabes qué...?

—Te conozco, Laura, desde hace mucho tiempo. No me hace falta que hables para saber lo que estás pensando. Y, en este momento, quiero que dejes de hacerlo. —Se acerca y me besa, esta vez sin preámbulos, directo, devora mi boca en menos de un segundo. Sus manos han empezado a trazar un camino en mi cuerpo. Y yo, he empezado a sentir, a sentir el deseo que hace que no pueda pensar en otra cosa, que no sea su cuerpo encima del mío. Me quita el pantalón, y me tumba en la cama. Recorre mi cuerpo con su boca. Sus labios y sus manos forman el equipo perfecto. Él lo sabe. Se quita el pantalón y la camiseta y se tumba encima de mí. Veo que tiene un preservativo en la mano y se lo pone.

—Te prometo que voy a conseguir que no te olvides nunca de esta noche. Y suelo cumplir lo que prometo. —Yo no digo nada. Sobre todo porque en este momento, en lo único que puedo pensar es en su polla dentro de mí. Se mete dentro de mí, y mi sensación de placer aumenta por momentos. Siento cómo sus embestidas son cada vez más fuertes, mi clítoris es como una bomba de relojería, a punto de estallar. Siento como va creciendo dentro de mí, a su vez, sus labios no dejan de recorrer mi cuello. Los pequeños mordisquitos que me da, hacen que mi cuerpo siga en combustión. Ninguno de los dos es capaz de contenerse más y nos corremos. Es más que evidente que no voy a poder olvidarme de esto nunca. Ha sido espectacular, pero... acabo de caer, no, mejor dicho, acabo de tirarme en un precipicio del que no sé si voy a ser capaz de salir. Me abraza y me besa.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí. Todo perfecto. Tengo que irme, Mario.

—¿Irte a dónde?

—A casa. No le he dicho nada a mi hermano.  
—Tu hermano no está en casa.  
—Aun así.  
—¿No quieres quedarte a dormir conmigo? —¡Qué bien suena eso! Y que complicado.  
—Yo... claro que quiero quedarme Mario. Me encantaría dormir contigo.  
—Entonces ven. No quiero que te vayas. Pienso disfrutar de ti toda la noche.  
—Me abraza, y yo no dejo de sonreír. No sé en qué momento me quedo dormida, pero sé que, cuando lo hago, lo hago feliz.

A la mañana siguiente me despierto, y él sigue dormido. No puedo dejar de mirarlo. Me parece increíble que estemos tan cerca, y que anoche por fin pasara algo con lo que llevo tanto tiempo soñando. No puede ser más atractivo de lo que es. Él, en sí, es perfecto. Sé que podría enamorarme de él en menos de un segundo, pero estoy segura de que eso no es lo que más me conviene. Me gusta demasiado, pero, sé que entre nosotros no habrá más que esto. Por fin se despierta.

—Buenos días —me dice.  
—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?  
—Estupendamente. Hacía tiempo que no dormía tan bien. ¿Y tú?  
—Fenomenal. Pero tengo que irme. Tengo muchas cosas que hacer.  
—¿Dónde vas tan deprisa? Podemos ducharnos juntos.  
—No, Mario. Creo que lo de anoche fue espectacular, pero ya está. Tuvimos nuestra noche y no hay más.  
—¿De verdad vas a ser capaz de negarte?  
—Sí. Lo estoy haciendo.  
—Volverás a mí.  
—No lo sé. Pero espero que no. —Nos vestimos y nos vamos. No nos dirigimos la palabra en todo el camino. Pero cuando me deja en casa...

—¿Puedo pedirte un favor?

—Sí. Lo que quieras.

—No le comentes nada a tu hermano de esto. No lo entendería.

—Tranquilo. No pensaba hacerlo. No lo entiendo yo, imagínate para que lo entienda él. —Me bajo del coche y me voy a casa. ¿Por qué es así? ¿Por qué me trata así? Él nunca ha sido así conmigo. ¡Laura, te has metido en un buen lío!

## Capítulo 10. No quiero caer

Esa semana se convierte en la más difícil de mi vida. No he podido sacarme a Mario de la cabeza. Y él ni siquiera me ha buscado. No he vuelto a verle. Tampoco he tenido cara para volver a ver Jaime. Y Roland no hace más que llamarme para que vaya, pero ahora mismo no puedo. Necesito pensar.

Días más tarde, Mario aparece en mi casa. Mi hermano todavía no ha llegado, y no sé cómo, pero acabamos desnudos, en mi cama, y echando el mejor polvo de nuestra vida. En ese momento, él siempre es cariñoso, pero cuando todo acaba y nos volvemos a encontrar, vuelve su frialdad conmigo. Las semanas siguen pasando, y nuestros encuentros, cada vez son más seguidos.

—Mario, no hemos cumplido la promesa. Solo era una noche.

—Lo sé. Es difícil despegarse de ti después de probarte.

—Quizás podríamos quedar un día y...

—Laura. Esto es solo sexo. Nada más.

—No entiendo por qué no eres capaz de ver todo lo que puedo ofrecerte.

—Porque solo hay una cosa que me interesa de ti en este momento.

—¡Eres un cabrón!

—Lo sé. Pero tú cediste a esto. Yo no te engañé.

—A lo mejor ya ha dejado de interesarme.

—No puedo obligarte. Tú decides. Yo no puedo darte más de lo que te he dado hasta ahora, y tú, quizás, puedes ofrecerme más, pero a mí no me

interesa.

—Bien. Entonces esto se ha acabado, Mario. Yo no me muevo por sexo. Me muevo porque me gustas, porque siento cosas por ti, pero tú solo me ves como un trozo de carne.

—Laura...

—¡No! No hace falta que digas nada. Olvida lo que ha pasado entre nosotros. Que te aseguro que yo lo haré.

Y eso hago, tratar de olvidarlo, aunque él no lo pone nada fácil. Después de varias semanas sin vernos. Un día cuando llego a casa están él, mi hermano y unas amigas con ellos.

—Hola, hermanita. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Ven, quédate un rato con nosotros.

—No, gracias. Tengo ganas de irme a dormir. Ha sido un día duro.

—¿Has salido otra vez con ese chico?

—Sí. Estoy pensando en presentártelo. A lo mejor ya es hora. —Miro a Mario, y su cara es de enfado. Pero no dice nada, al contrario, se acerca a la chica que está a su lado y la acaricia, los dos se ríen y se tocan. ¡No soporto que le toque! No soporto que la mire así. No soporto ser tan insignificante para él. No soporto pensar que esta noche se acostará con ella y no conmigo. Voy a la cocina, porque seguir viendo eso no es mi mejor plan. Cojo un vaso de agua, y de la rabia que tengo se me rompe en la mano. Empiezo a sangrar y, a la vez, mis lágrimas comienzan a salir. Pero no por el corte, o por lo menos no el de la mano, sino por el dolor que siento al verle con otra. De repente entran todos en la cocina.

—¿Laura, estas bien? —pregunta Mario.

—Sí. Solo ha sido un susto.

—¡Dios mío! Hay mucha sangre —dice una de las chicas.

—¡Llévatelas de aquí, por favor! Yo me quedo con tu hermana. —Y eso hace, quedarse conmigo. Me coge de la mano—. ¿Estás bien?

—Sí. Solo me he asustado.

—¿Y por eso lloras?

—Sí. Me he asustado.

—¡Mientes fatal!

—Tú, sin embargo, lo haces muy bien.

—¿Por qué dices eso?

—Mario. Déjame. No quiero que me toques, no quiero que te acerques a mí, aunque solo sea un metro. Vete con tu amiga. Pero fuera de mi casa. Hace tiempo te dije que no quería verte con nadie aquí. Creo que, en verdad, no cumples lo que prometes.

—Solo es una amiga.

—Sí. Una amiga a la que te follarás en cuanto que me dé la vuelta. Pero no importa.

—Claro que te importa. No soporto verte llorar.

—¿No lo soportas? Pues todo es por tu culpa. Desde que decidiste meterte en mi vida, eso es lo único que hago. Sentirme pequeña por no ser lo que esperas, por no ser capaz de hacerte sentir.

—¡No digas tonterías! Eso no es verdad.

—Esa es la verdad, Mario. Para ti solo soy una niña. No espera... para ti solo soy sexo.

—¡Déjalo ya! No sabes nada.

—¿No? Entonces cuéntame lo que no sepa.

—¡Que me gustas! ¡Que no te saco de mi puta cabeza! Que soy incapaz de olvidarme de ti, que cada vez que llega la noche, me vuelvo loco porque sé que te irás con él, que te tocará, que... ¡No quiero que te toque un pelo!

—¿Incapaz? ¡Mario, no me hagas reír! Tienes la agenda llena de tías. Yo solo soy un rato.

—¡No entiendes nada! Me gustas mucho, Laura. Tanto que me asusta. Pero no puedo estar contigo. No puedo ofrecerte una relación.

—Lo sé. Soy una niña.



—¿Puedes dejar de decir gilipolleces? Para mí no eres una niña. Dejaste de serlo hace mucho tiempo. Te quiero en mi cama otra vez, Laura. Te necesito en mi cama.

—Ese es el problema. Que solo me necesitas en tu cama. Y yo, te necesito para todo.

—No quiero que digas eso.

—Mario, tú y yo estamos destinados al fracaso. A mí me duele saber que te acostarás con otra, que no eres capaz de sentir nada más por mí. Y tú solo eres un egoísta que no quiere que esté con nadie, pero no puedes ofrecerme nada más que una cama. Y a mí no me interesa.

—¿Él te ofrece algo mejor?

—Él me lo ofrece todo. ¿Y sabes qué? Que lo hace sin que se lo pida.

—No va hacerte sentir lo que yo.

—Eso no lo sabes.

—No soporto cuando te toca.

—Pues imagina, si me toca así, cómo lo hará en la cama.

—No... — No continúa la frase porque entra mi hermano.

—¿Estás mejor, hermanita?

—Sí. Mario me ha curado.

—¡Gracias por cuidarla!

—Lo hago encantado.

—Sí. Es capaz de cuidar de una hermana pequeña, solo le queda aprender a cuidar de una mujer. —Salgo de la cocina y me voy a la cama. Hoy, desde luego, quiero que termine el día lo más rápido posible.

## Capítulo 11. Eligiendo

Los días siguen pasando, y Mario y yo seguimos en el mismo punto. En el de no hablarnos. Cuando está en casa, intento evitarle todo lo que puedo. Y aunque ha tratado de hablar conmigo en varias ocasiones, yo no le he dejado. Supongo que algún día se cansará.

Llevo casi un mes sin pisar el bar. He hablado varias veces con Jaime, pero no he sido capaz de quedar con él. Le he dicho que necesito un poco de tiempo. Roland sigue agobiándome para que me dedique al baile de forma profesional, y yo... yo, en este momento, no sé qué debo hacer con mi vida. Dedicarme al baile no entraba en mis planes, pero quizás, debería planteármelo.

Días más tarde...

—Hermanita, ¿puedo hablar contigo?

—Claro, dime.

—Estoy un poco preocupado. Quiero que me ayudes.

—¿Qué te pasa?

—A mí no, es Mario.

—¿Mario? ¿Y qué tiene que ver Mario?

—Lleva días muy raro. No sé qué le pasa. Intento hablar con él, pero no cuenta nada.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Que le preguntes. A ver si a ti te cuenta algo.

—¿Crees que, si no te lo cuenta a ti, me lo va a contar a mí?

—Os lleváis bien. Creo que quizás a ti te diga algo.

—Bueno, lo intentaré. Pero no te prometo nada.

Sí mi hermano supiera que lo que menos quiero yo en este momento es tener que cruzar más de dos palabras con ese hombre, seguramente no me lo pediría.

Esa misma noche recibo una visita inesperada: ¡Jaime!

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Hace días que no te dejas ver, y ya me he cansado de tus excusas. Quería verte.

—Lo siento. No he pasado por mis mejores días. ¡Pasa! ¡No te quedes ahí!

—Gracias.

—Diego. Te presento a Jaime. Jaime, este es mi hermano Diego.

—Un placer, tío. Ya tenía ganas de conocer al hombre que secuestra a mi hermana por las noches.

—Hace tiempo que tu hermana no se deja secuestrar. —Por un momento, me da miedo que Jaime hable más de la cuenta. Hemos hablado de muchas cosas, pero no de la más importante, que mi familia no sabe nada de mi afición. Así que antes de que meta la pata me lo llevo a la cocina.

—¡Vamos a la cocina! Ahora venimos, Diego.

—Vale. Aquí os espero.

—Tengo que decirte algo, Jaime.

—Dime.

—Mi hermano, bueno... en realidad, nadie sabe de mi afición por el baile. Me gustaría que me guardaras el secreto.

—¿Nadie sabe nada?

—No. Es algo que he llevado siempre en secreto y, por el momento, quiero que siga siendo así.

—De acuerdo. Por mi parte no sabrán nada, pero sí que me gustaría que algún día me contaras por qué pasa eso.

—Está bien. Prometo contártelo

—Siento haberme presentado así en tu casa.

—No te preocupes. Te agradezco que hayas venido. La verdad es que no tengo muchos ánimos de ir al bar.

—Roland está como loco. Deberías llamarle.

—Lo haré. Sé que quiere una respuesta pero todavía no la tengo.

—¿No has decidido nada aún?

—No. Es un cambio demasiado radical. No sé si es lo que quiero.

—Piénsalo bien. No te precipites.

—¿Quiere quedarte a cenar?

—¡Me encantaría! —Y eso hacemos, cenar. Cenar y reírnos, parece que mi hermano y Jaime congenian demasiado bien. No han parado de hablar en toda la cena, y tienen bastantes cosas en común. Creo que sí yo decidiera dar un paso hacia delante con él, tendría el apoyo de mi hermano. La cena y la charla se alargan bastante, y Jaime acaba marchándose casi a las tres. Nos despedimos y prometo llamarle en esta semana. Mi hermano solo tiene buenas palabras para él, y tiene toda la razón. Es un chico encantador.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, Mario está en el comedor con mi hermano.

—Buenos días, hermanita. ¡Se te han pegado las sabanas!

—Buenos días, chicos. Sí, estaba un poco cansada.

—¡Normal! Nos acostamos a las tantas. Ayer conocí al novio de mi hermana, tío.

—¿Al novio de tu hermana? ¿Qué me he perdido?

—No es mi novio. Solo es un amigo.

—Pues no te miraba como un amigo. Y tú a él tampoco. ¡No le dejes escapar, hermanita! Es un buen tipo.

—Lo es. Quizás debería pensarme salir con él.

—Yo que tú no lo pensarías. ¡Me voy a duchar! Bajo en un momento. Cuidame de Mario, que no sé qué le pasa últimamente. —Mi hermano sube a ducharse, y Mario y yo nos quedamos solos.

—Conque tu novio, ¿no?  
—No es mi novio, Mario.  
—¿Y qué hacía aquí ayer?  
—Vino a verme.  
—No entiendo por qué tiene que venir a verte.  
—No tienes que entenderlo. Tú no.  
—¿Vas a seguir torturándome?  
—Yo no torturo a nadie. —Recojo los vasos, y me los llevo a la cocina.  
Diez segundos más tarde le tengo pegado a mi espalda.  
—¡Me has asustado! —le digo.  
—No es para tanto. —Se acerca más a mí, y yo ya empiezo a temblar.  
—Tengo que seguir recogiendo la mesa.  
—¿Qué prisa tienes? Me apoya en la encimera y acerca su cuerpo al mío.  
Roza mi pelo con sus dedos, y yo cierro los ojos para oler su perfume, recordando los momentos que hemos pasado juntos.  
—¡Puede bajar mi hermano en cualquier momento!  
—No es lo que más me preocupa en este momento.  
—¡No compliques más las cosas, Mario!  
—Las complicas tú, invitando a tu amigo a cenar. —Sigue acercándose a mí, y acerca sus labios a los míos. Un beso profundo, intenso, cargado de ganas, de las ganas que nos tenemos los dos, y que tratamos de controlar.  
—¡Esto no puede ser, Mario!  
—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que tu novio sepa lo que te hago sentir?  
—No tengo miedo a nada. Solo quiero mantenerme alejada de ti. Lo necesito.  
—Eso no es lo que quieres, y lo sabes. —Se acerca a mí y me besa. Lleva sus manos a mi pelo, y me empuja con sus caderas hacia la encimera, mete su lengua en mi boca y me doy cuenta de que ha ganado la batalla, me tiene donde él quería, y donde yo tanto deseaba estar. Sus manos bajan por mi cintura, y suben lentamente por mis muslos, en menos de tres segundos, mi falda ha

pasado de estar pegada a mis caderas, a estar tirada en el suelo. Se deshace de su pantalón, me sube a la encimera, y con una embestida rápida, se mete dentro de mí. Haciéndome sentir el mayor de los placeres, sus manos, su boca, su cuerpo. Solo él sabe cómo hacerlo. Con él no soy yo, con él pierdo el control. Estoy a punto de chillar cuando se da cuenta y pega su boca a la mía. Juguetea con su lengua en mi boca, tengo los labios doloridos de sus besos, y cuando estoy a punto de...

—¡Chicos! ¿Dónde estáis?

—¡Mierda, mi hermano! —Me despego de él, y me bajo de la encimera, en busca de mis bragas y de mi falda.

—¡No te pongas nerviosa!

—¿Qué no me ponga nerviosa? ¡Estamos follando en mi cocina, Mario! ¡Te estás follando a la hermana de tu mejor amigo en su cocina! Lo mejor que podría pasarte es que mi hermano te corte los huevos, y se haga un llavero con ellos.

—¡No cambiaría este momento por nada del mundo!

—¡Eres un imbécil!

—Y tú estás preciosa cuando te enfadas. —Se acerca a mí y me besa. ¡Maldito imbécil! Para él soy solo sexo, pero él, para mí es mucho más. Estoy enamorada. Enamorada perdida de mi policía. Me visto como puedo y huyo antes de que mi hermano pueda verme, aunque no lo consigo.

—¿Dónde vas, hermanita?

—Tengo que irme. Voy a ducharme.

—¿Pasa algo?

—Nada. Solo tengo prisa. —Corro todo lo que puedo, e intento no mirarle a la cara, soy incapaz de hacerlo. ¡No puedo creer lo que he hecho! Tengo que poner remedio a esto ya.

## Capítulo 12. Decisiones

Una semana después, vuelvo al bar. Necesito relajarme un rato, y este es mi único escape, pero Roland no me da tregua.

—¡Benditos los ojos que te ven, belleza! ¡Creía que te había tragado la tierra!

—Muy gracioso, Roland. Yo también te he echado de menos. Y que sepas que, si no he venido antes, ha sido por tu culpa. Desde el concurso no has parado de agobiarme.

—¿Agobiarte es abrirte los ojos?

—Los ojos los tengo abiertos. Tú mejor que nadie sabes que no quiero dedicarme a esto. Solo es mi válvula de escape, nada más.

—¿Válvula de escape? Sabes perfectamente que esa no es la verdad. Y haré que entres en razón. Acompáñame un momento, tenemos que hablar. —Me lleva a una salita y me dice que me siente.

—¡Cuánto secretismo!

—Tengo que comentarte algo importante.

—Soy toda oídos.

—Tengo una oferta para ti. Por eso he estado tantos días buscándote. Cuando ganaste el concurso, alguien me buscó para proponerte algo.

—¿Y?

—Y quiero que lo pienses muy bien. Sé que puede ser un cambio muy radical. Pero piénsalo, por favor, por lo menos dime que lo pensarás.

—Está bien. Suéltalo.

—Te quieren en la compañía *Venezueladreams*.

—¿Qué? ¿En *Venezueladreams*?

—Sí. Les encantaste, y están dispuestos a ofrecerte unas buenas condiciones. Solo quieren charlar contigo, y saber si te interesa lo que tienen para ti.

—Pero ¿es en serio?

—Sí. Esto es muy en serio, Laura. Esto puede cambiar tu vida. Pero solo tú puedes decidirlo.

—Pero eso supondría...

—Eso supondría un giro en tu vida, viajar, conocer.

—Dejar mi casa.

—Eso es lo que tienes que pensar. Nadie puede decidir por ti.

—¿Tú qué piensas?

—Sí quieres que te sea sincero, yo sé que esto no entraba en tus planes, que no es algo con lo que hayas soñado, pero te digo que tú has nacido para esto. Desde que te conocí supe que no eras una chica que venía a bailar. Solo tú tienes la última palabra, es una buena oportunidad, yo diría que la mejor, una oportunidad que, si la desaprovechas, te arrepientes toda la vida. No te digo que decidas algo ya. Solo que los escuches y que cuando lo hagas, decidas lo que quieres de verdad.

—¿Y Jaime? ¿Entra en esos planes?

—Eso es lo que quieren hablar contigo. Les encantó vuestra manera de bailar, comparten la opinión de todos los que os hemos visto bailar, que lo vuestro no es solo bailar, lo de vosotros es puro sentimiento, transmitís verdad, cuando bailáis parecéis una pareja, y eso es muy importante. Pero, si tu situación es complicada, imagínate la de él, tiene un puesto estable, y lo suyo sí que es por afición. Pero...

—¿Pero qué?

—Ese hombre haría cualquier cosa por ti. Hasta cruzarse el charco y dejar su trabajo.



—¡No digas tonterías!

—No digo tonterías. Es la verdad. Habla con él. Os quieren a los dos. —Me tiende un papel. —Llámalos. Queda con ellos y, cuando tengas algo decidido, llámame. Aquí estaré, ya lo sabes.

—Gracias, Roland.

Esa noche me cuesta coger el sueño, ni siquiera los he llamado, pero tengo miedo. Ni yo misma sé si estoy dispuesta a cambiar mi vida de esa forma, si me importa tanto esto como para dejar mi vida de aquí. Tengo mucho en lo que pensar, y me da la sensación de que el tiempo va en mi contra. Es una buena oportunidad, pero no sé si estoy dispuesta a dejar mi vida e irme lejos de aquí.

Dos días después me cito con ellos. Lo que me proponen es muy atractivo. Un buen sueldo, conocer mundo y la oportunidad de terminar mi carrera a la vez que trabajo. Pero nos quieren como pareja, dicen que les encanta mi forma de bailar, pero que lo que realmente les gustó es la conexión que tenemos entre los dos. Lo que quiere decir que tengo dos problemas. Uno, convencerme de que no puedo dejar pasar esta gran oportunidad, y dos, convencer a Jaime de que deje su vida estable para dedicarse al baile. Toda una locura, ¿verdad?

Esa misma noche, quedo con él para contárselo todo. Me estoy arreglando cuando llama mi hermano al móvil.

—¿Sí?

—Hermanita, ¿estás en casa?

—Sí. ¿Por qué?

—Voy con Mario de camino. ¿Hay algo para cenar?

—Creo que no. Tendréis que pedir algo. Yo voy a salir.

—¿Vas a salir? ¿Con tu amigo?

—Sí. Hemos quedado para cenar.

—¿A qué hora te vas?

—He quedado en una media hora.

—Vale. Nosotros llegaremos en diez minutos. Ahora nos vemos.

—Vale. —Cuelgo. Mi hermano tiene la bonita costumbre de poner el manos

libres siempre, así que Mario ha estado escuchando la conversación.

Termino de arreglarme, y bajo al salón a esperar que llegue Jaime. Suena la puerta y escucho unas voces y unas risas. Cuando entran en el salón, mi cara parece un poema. No solo vienen Mario y mi hermano ¡También está Jaime!

—Hola —digo.

—Hola, hermanita. Nos hemos encontrado con Jaime en la puerta. Le hemos invitado a cenar. No te importa, ¿verdad? —Jaime se acerca a mí y me besa la mejilla.

—Si quieres podemos irnos —le digo.

—No te preocupes, a mí no me importa —me dice.

—¡Vente a la cocina, hermanita! Vamos a ver qué podemos cenar. —Le hago caso y voy a la cocina con él.

—¿Esto es una encerrona, Diego?

—¿Encerrona? ¿Por qué?

—Has invitado a Jaime con alguna intención.

—Con la intención de conocerle. Me cae bien. Me gusta para ti.

—No quiero que te hagas ilusiones.

—Me gusta para ti.

—¿Y por qué no me preguntas a mí sí me gusta?

—¿Te gusta?

—Menos que a ti seguro.

—¿Qué hacemos de cenar? —pregunto.

—¿Pedimos comida china?

—Vale. —Volvemos al salón. Y cuando llegamos, Mario y Jaime se están riendo. Parece que se llevan muy bien.

La cena resulta entretenida, y hasta divertida. Menos cuando a mi hermano le da por hablar más de la cuenta.

—Bueno, Jaime, ¿cuándo piensas formalizar la relación con mi hermana? — Si no supiera, que lo que hay en mi vaso es coca-cola, pensaría que estoy borracha, y que lo que he escuchado es producto del alcohol. Pero no, no lo

es, definitivamente mi hermano tiene la boca más grande que un buzón de correos.

—Cuando tu hermana me deje. Yo estoy encantado con ella. Y ella lo sabe.

—Voy a recoger esto. ¿Queréis que traiga algo? —dice Mario.

—Te ayudo. Que parece que *estos* ya tienen tema de conversación —digo. Vamos a la cocina, pero Mario no me dirige la palabra. Está molesto.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—¿De verdad hace falta que te lo diga?

—Yo...yo no quería quedarme aquí.

—Yo sí. Prefiero que estés aquí. No quiero que estés a solas con él.

—Esto no ha sido una buena idea.

—Tu hermano desde luego está encantado. Sí vuelve hacer algún comentario más, no sé si voy a ser capaz de contenerme.

—¡No se te ocurra abrir la boca!

—¿A qué tienes miedo?

—A lo mismo que tú.

—Yo no le temo a nada. Solo le temí a una cosa, y ya ha sucedido.

—¿A qué?

—A volver a sentir.

—¡No te creo nada!

—Deberías, porque es la verdad.

—Solo estas encaprichado conmigo. Siempre has tenido lo que has querido, y saber que puede tenerme otro te da rabia, solo eso.

—No te lo voy a negar. Pero eso no quiere decir que no sienta por ti.

—No quiero volver a hablar de este tema. Las cosas entre nosotros están bastante claras.

—¿Claros para quién? —Se acerca a mí. Me mira con los ojos desafiantes.

—¡No te acerques o grito!

—¡Vas a gritar, de eso estoy seguro! —Se acerca más y me besa. Sus labios carnosos, su lengua jugueteando dentro de mi boca, y sus manos... las manos

que tanto me gustan, da igual qué parte de mi cuerpo toque, enloquezco con cualquiera. Puedo notar su erección en mi muslo. No puedo negar que, con solo un beso, estoy tan caliente como él, pero alguien tiene que pensar con la cabeza en esta situación.

—¡Basta! ¡Apártate de mí! ¡No te quiero cerca de mí! Yo soy mucho más que un calentón, que te entre en la cabeza de una vez. —Me voy de la cocina. No sé de dónde saco las fuerzas para no caer. Estoy enamorada de él, pero no quiero sufrir cuando se canse de mí.

—¡Hermanita! Acepto en la familia a Jaime. Me cae genial.

—Gracias —dice él.

—Tenemos que irnos, Diego. Tenemos que hablar.

—Claro. Necesitáis tiempo para estar solos. Mario, ¿nos tomamos una copa?  
—Mario asiente con la cabeza.

—Nosotros nos vamos. Encantado, Mario. —dice Jaime.

—Igualmente. Pasadlo bien. —Me mira. Sé perfectamente que está sufriendo, en este momento me gustaría decirle que no voy a hacer lo que él piensa, que solo vamos a hablar pero, egoístamente, se merece sufrir por todas las palabras que me ha dicho, y por todas las veces que yo he tenido que tragarme a sus amiguitas, y en mi casa. Lo siento, Mario, pero estás tomando de tu propia medicina.

Jaime y yo salimos de casa, y vamos a tomar algo.

—¿Qué es eso de lo que quieres hablar?

—¿Roland no te ha comentado nada?

—No.

—Bien. Hace unos días Roland me puso en contacto con una compañía de baile muy conocida, estaban muy interesados en hablar conmigo, y yo cedí a hablar con ellos. A los días me comentaron que estaban interesados en nosotros, en ofrecernos un contrato, pero nos quieren a los dos, dicen que lo que transmitimos... bueno, ya lo sabes, lo que todo el mundo dice de nosotros. Es una buena oportunidad, un buen sueldo, conocer mundo, pero... no soy

quién para pedirte nada, tienes una vida, un trabajo, bailar no es tu sueño.

—Quizás no sea el mío, pero sí el tuyo.

—Pero no puedo pedirte que renuncies a todo por mí.

—Hazlo.

—No puedo hacerlo.

—Está bien. Entonces lo haré yo. ¿Quieres arriesgar? ¿Es importante esto para ti?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Quizás más de lo que yo imaginaba.

—Ahí tienes la respuesta entonces. Yo puedo pedir una excedencia. No voy a perder mi trabajo sí es lo que te preocupa.

—No es lo único que me preocupa. No quiero que el día de mañana te arrepientas.

—No voy a hacerlo. De lo que uno hace por amor, nunca se arrepiente.

—Yo...

—No hace falta que digas nada. No quiero forzar las cosas. Pero que sepas que no pienso tirar la toalla. Sé que hay alguien en tu corazón, pero también sé que eso no va a funcionar.

—¿Sabes...?

—¡Claro que lo sé! Es más que evidente lo tuyo con el policía. Lo que no sé es cómo tu hermano no se ha dado cuenta todavía.

—Lo nuestro es de todo menos fácil, sí. Pero no te voy a mentir. Estoy enamorada de él.

—¿Y él de ti?

—No lo creo. Es demasiado para mí.

—Creo que en eso te equivocas. Tú eres demasiado para él. Aun así, estoy dispuesto a esperar. Voy a conquistar tu corazón. Eso tenlo claro.

—No quiero que perdamos lo que tenemos.

—Nadie ha dicho que lo vayamos a perder. Entonces, ¿nos vamos de viaje?

—Eso parece, ¿no?

—Sí.

Después de una larga conversación llego a casa. Jaime es un hombre estupendo. Me hubiera gustado haberme acostado pensando en él, pero eso no fue posible, porque cuando entré en casa Mario estaba dormido en el sofá. Me acerco a él.

Es tan guapo, se le ve tan dulce cuando duerme. Me he pasado tanto tiempo mirándole, y él nunca lo ha hecho...

—¿Por qué nunca me mirabas cuando yo lo hacía? ¿Por qué no he sido capaz de que me quieras? De que veas en mí algo más que un simple polvo. A lo mejor ahora que me vas a tener lejos eres capaz de valorarme más. Aunque para mí la distancia no va a servir de nada. Voy a seguir queriéndote igual.

—¿Y dónde piensas irte? —me asusto al oírle.

—¡Me has asustado!

—Respóndeme. ¿Dónde piensas irte?

—Es una larga historia.

—Bien. Entonces siéntate.

—Me han ofrecido trabajo en una compañía de baile, y en principio voy a decir que sí. Aunque tengo que concretar algunas cosas.

—¿Cómo? ¿Y dónde te vas?

—Parece que será por todo el mundo. No sé mucho más.

—¿Te vas sola?

—No. Me voy con Jaime. Esa es la condición, que vayamos los dos.

—¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué? Tú mismo me dijiste...

—Sí, sé lo que dije, pero... no quiero que te vayas con él, no quiero que...

—¿No quieres qué? ¿Qué me acueste con él? ¡Mario, por favor! No lo he hecho. ¡Joder! ¡No te saco de mi cabeza! Es imposible.

—Pero le has besado, ¿a que sí?

—Sí. Eso sí.

—No me consuela eso. Vas a esta alejada de mí, a su lado. Él va hacer todo lo posible por enamorarte. ¡Está loco por ti! Solo hay que verlo.

—Lo sé.

—¿Y?

—Sabe lo que pasa.

—¿Y qué pasa, Laura?

—Que estoy enamorada de ti. Que hace años que busco tu mirada. Y que desde que pusiste tus ojos en mí, soy la mujer más feliz del mundo, pero a la vez, soy la más desdichada. Tú no puedes darme lo que yo quiero. Cuando me ves, solo ves una cama, una atracción, sexo. Yo también lo veo, pero veo algo más, veo miradas, veo sonrisas, sentimientos, planes para hacer contigo...

—Yo...

—No digas nada. Está todo claro. Me voy a ir. Y quizás no sea capaz olvidarme de ti, pero... me merezco una oportunidad con alguien como Jaime. Creo que él sí sabrá cuidarme.

Y esa es la última palabra. No volvemos a cruzar palabra en días.

## Capítulo 13. Llegó el momento

Después de mucho hablar, de sentarnos con el dueño de la compañía y exponer nuestra oferta, por fin salimos con algo claro. De momento nos vamos quince días a Miami a trabajar allí. Dependiendo de cómo funcione todo, decidiremos qué hacer, y llegaremos a un acuerdo.

Pero eso no era lo difícil. Lo difícil era contarle en casa. Contarle a mi hermano un secreto que había estado callando durante años.

—Diego, tenemos que hablar.

—¿Qué ocurre? ¡Estás muy seria!

—Siéntate. Lo que te voy a decir no te lo esperas. Solo quiero que seas capaz de perdonarme.

—Dime lo que sea ya.

—Os he estado engañando durante años, cuando salía, no iba donde decía que iba. He estado dedicándome al baile, no de manera profesional, pero hace unas semanas me presenté a un certamen, y lo gané. Jaime y yo ganamos. Resumiendo: nos han ofrecido trabajado en una compañía venezolana, y nos vamos quince días a probar. Siento decírtelo así.

—¿Tú bailando? Mamá no lo va a creer.

—Sí. Y soy buena.

—Ya lo creo. ¡Acabas de dejarme totalmente descolocado!

—Lo sé. Pero tenía que contártelo. Te necesito a mi lado.

—Eso no lo dudes. Te apoyaré siempre. Pero antes de verte bailar en la tele,



espero que me dejes verte aquí.

—Lo haré.

—¿Y papá y mamá?

—De momento no voy a decirles nada, cuando venga de Miami hablaré con ellos, decida lo que decida.

—¡Me alegro por ti, hermanita! Nunca lo hubiera imaginado.

—Yo tampoco. Para mí solo era una manera de despejarme.

—¿Así conociste a Jaime?

—Sí. Me lo presentó el chico con el que siempre he bailado, y congeniamos muy bien. Me le presentó porque era con él con el que luego bailaríamos.

—Nadie diría que Jaime baila tampoco.

—Pues lo hace de miedo, hermanito.

—¡Me tenías engañado!

—Lo sé, y lo siento.

—¿Y cuándo te vas?

—Pasado mañana.

—Entonces hay que organizar algo. Mañana cenita en casa.

—Vale. Pero algo tranquilito.

—Díselo a Jaime.

—Lo haré.

Al día siguiente, estamos en casa, cenando todos juntos, Mario también, claro. Tomamos unas copas y brindamos.

—¡Por mi hermana y por Jaime, que, seguro, van a triunfar!

—Por ti, y porque no te olvides de lo que dejas aquí —dice Mario.

Sus ojos están tristes, sé que lo está porque me voy. Pero no puedo ser frágil ante él.

—¿Podemos hablar un segundo? —me dice Mario.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Quiero decirte algo.

—Dime.

—No quiero que te vayas, Laura. No puedes irte y dejarme aquí después de todo lo que ha pasado y de todo lo que me has contado.

—Tengo que irme. Lo que escuchaste no cambia nada.

—Para mí sí.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de ti. Porque no he sabido verlo hasta ahora. Pero esa es la verdad. Sé que no te he tratado como debería, pero tenía miedo. Miedo de sentir lo que siento ahora, no quería volver a enamorarme. Ya me hicieron daño una vez, no quiero que vuelva a suceder. Una segunda vez no podría soportarlo.

—Yo no soy como ella. Creo que has podido verlo. Pero igualmente tengo que irme, tú sabes lo que yo siento por ti, pero no puedo dejarlo todo. Lo nuestro nunca va a funcionar. Tú te cansarás de mí, y yo sufriré, y no quiero eso.

—Eso no es verdad. Tú sabes lo que sentimos cuando estamos cerca.

—Por eso, porque lo sé. Porque sé cómo es de intenso. Por eso mismo no puedo dejar que hagas de mi corazón pedacitos. No me voy para siempre, Mario. Solo me voy quince días.

—Dime que no te va a tocar en esos quince días.

—Dime que no vas a estar con nadie en estos quince días.

—¿Crees que me supone un problema? No he vuelto a tocar a nadie desde que me acosté contigo la primera vez. Y no porque no haya tenido ocasiones, sino porque no he querido. En mi cabeza y en mi corazón solo cabes tú. Ahora dime, ¿quien más puede entrar en el tuyo?

—No lo sé, Mario. Tengo que pensarlo, de verdad.

—¡No te vayas! Si lo haces me partirás en dos.

—Tengo que hacerlo. Lo siento.

Esa noche no paro de llorar, por sus palabras y por los miles de recuerdos que se me vienen a la cabeza desde que le conozco. Me voy. Pero me voy enamorada de él.

## Epílogo

### Mario

Hace años que no sentía lo que siento ahora. He vuelto a enamorarme, y si eso no fuera suficiente, además lo hago de la hermana de mi mejor amigo. Es imposible que las cosas puedan salirme peor. ¡Ah sí! ¡Claro que pueden! Que la mujer de la que estás enamorado se vaya con otro quince días es lo peor que puede pasarle a uno.

Solo han pasado cuatro días de esos quince, y ya la echo de menos. Reconozco que la he mandado algún mensaje, pero ella está fría, y yo, mientras, celoso perdido.

Para colmo de males, hoy me toca desplazarme. Hay un aviso de un atraco en Montjuic y nos han mandado a dos compañeros para allá.

Lo que yo no sabía es lo que me esperaba allí. Nunca le he temido a nada, pero en este momento...

No sabría decir cómo sucedió, pero después de horas tratando de negociar con el atracador, sin previo aviso, se puso a disparar, yo me puse en el medio, cubriendo a una mujer que estaba con su hijo, y desde ese instante, comprendí lo que siente la gente cuando cree perder a alguien. Yo solo pude pensar en Laura, cuando esa bala me atravesó de lado a lado, solo pensaba en su sonrisa, en sus caricias, y en la noche que me dijo que estaba enamorada de mí, cuando ella creía que yo dormía. Y en ese mismo momento, me di cuenta de lo importante que es decir las cosas a tiempo, de cuidar de lo que tenemos y,

aunque tengo miedo de perderla, pienso luchar por seguir viviendo. Porque ya no tengo miedo a que mi mejor amigo no entienda lo que siento, porque ahora solo quiero tenerla cerca, y poder decirle todos los días lo mucho que la quiero.

—¡Tío! Tranquilo. He venido en cuanto que me he enterado. Te vas a poner bien. Ya casi vamos a llegar al hospital —me dice Diego.

—Tengo que decirte algo.

—Dime.

—Quiero que llames a tu hermana y le pidas que vuelva. Prométeme que lo harás.

—¿A mi hermana? ¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de ella. Y ella de mí, o eso espero.

Próximamente:

Te estaba esperando (*Bailamos 2*)

—Si no te estuviera viendo la bala en el abdomen, pensaría que te han metido un tiro en la cabeza, por las tonterías que estás diciendo.

—No es ninguna tontería. Estoy enamorado de tu hermana.

—¿Qué gilipolleces estás diciendo? ¿Y cuándo ha sucedido eso?

—Hace tiempo, Diego.

—¿Te has acostado con mi hermana?

—¿Crees que es el mejor momento para contestarte a eso?

—¡Me da igual si lo es! ¡Te he hecho una pregunta!

—Sí. Me he acostado con ella. —Diego se echa las manos a la cabeza.

—Si sales de esta, ten claro que voy a matarte. ¿Con mi hermana? ¿Cómo has podido hacer eso? ¡Es una niña, joder!

—No es ninguna niña. Y estamos enamorados.

—¿Enamorados? Y si estáis enamorados, ¿me puedes explicar por qué se ha ido con otro?

—Eso es un golpe bajo.

—Es mucho mejor enterarme de que mi mejor amigo se está tirando a mi hermana.

—Yo...

—¡Tú eres un cabrón! Y olvídate de que yo llame a mi hermana. Lo mejor que te puede pasar es que ella no vuelva.

—¿Lo mejor? No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé. Llevo años viendo cómo te acuestas con las tías y luego pasas de ellas. ¿Crees que quiero eso para mi hermana?

—Con tu hermana las cosas no son así.

—¿Y cómo son? No quiero que te acerques a ella.

—Parece mentira que seas mi mejor amigo.

—Eso mismo podría decirte yo. No has tenido los cojones de contarme lo que estaba pasando.

—¿Y para qué? ¿Para lo que está ocurriendo ahora?

—No lo sé. Pero enterarme así, no es la mejor manera.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—No habértelo contado. Pero no sé qué me echas en cara, si tú has sido igual que yo.

—Sí. Pero yo sé con quién hago las cosas. Mi hermana es una niña. Estaba claro que se enamoraría de ti. Ahora me cuadran muchas cosas.

—Yo nunca haría daño a tu hermana.

—¡Vamos, Mario! ¡Estás muy jodido! Desde que pasó lo de Esmeralda, no has vuelto a tener ninguna relación estable.

—Porque yo lo elegí así.

—No quiero seguir hablando de esto. No vuelvas a acercarte a mi hermana o te juro que no respondo.

—No puedes pedirme eso.

—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy exigiendo.

—Entonces tenemos un problema.

—Eso creo yo también. —Se hace un silencio incómodo. Quizás no sea el mejor momento para discutir, tengo una bala atravesada en el abdomen. Pensando en si no vuelvo a verla nunca más. Y esto es lo último que recuerdo. ¿Aquí se acaba todo? ¿No volveré a verla? ¿Es este mi final?

## Agradecimientos

Quiero agradecer a cada una de las personas que me acompañan en este camino. A las que han estado siempre, y las que se van uniendo poco a poco.

Muchas están en la distancia, pero gracias a su cariño, siento que están muy cerca.

También dar las gracias por el hueco que me han hecho en Selecta. Por estar rodeada de tan buenas compañeras y, en especial, darle las gracias a Lola Gude por su eterna paciencia, por su ayuda y porque sin ella, sin duda, mis libros no serían lo mismo. Gracias.

Si te ha gustado

*Bailamos*

te recomendamos comenzar a leer

*Aguirre*

de *Díaz de Tuesta*





## Capítulo 1

—*Dijiste que me enseñarías.*

—*Dije que te contaría todo lo que sé.*

*Hywel asintió.*

—*La magia destruye —dijo Ptolemi—. Cada ensalmo, encantamiento o efecto arruina un poco más a quien lo crea. Si tu voluntad es fuerte, el derrumbe tarda un poco más..., pero al final ocurre igual.*

*Ptolemi calló. Hywel aguardó, temiendo de pronto que Ptolemi dijera lo que dijo:*

—*Eso es todo lo que sé.*

*Hywel tembló. Esta vez no era difícil odiar. Miró las cadenas. Los ojos de Ptolemi estaban cerrados con fuerza y su rostro palideció*

CUANDO EL DRAGÓN DESPIERTE, JOHN M. FORD

### 1

—¿Y bien, Laura? ¿Cómo te sientes?

—Jodida. Francamente jodida. ¿Puedo fumar?

—¿Necesitas hacerlo?

—Sí.

—¿Por qué?

«Menuda pregunta absurda». Laura se encogió de hombros. El doctor Sayús anotó algo, sin duda negativo, en su expediente y le indicó con un gesto que podía encender el cigarrillo. Ella así lo hizo y se acercó a la ventana. No había mucha altura, la consulta del psiquiatra estaba en un primer piso, pero aun así, sintió que se quedaba sin respiración y apartó rápidamente la vista.

En el breve instante en que sus ojos fueron capaces de mantenerse fijos en la calle, comprobó que había un inmenso atasco.

—¿Vas a contarme lo que te pasa? —preguntó el psiquiatra. Laura expulsó lentamente el humo y negó con la cabeza.

—No.

—Entonces ¿por qué has venido?

—Porque tenía hora con usted a las seis y media.

—Me refiero a por qué has reiniciado el tratamiento.

Ella le miró, irritada.

—Lo sabe perfectamente. Jaime ha insistido. Está convencido de que he vuelto a beber.

—Ya. ¿Y lo has hecho?

—¡Por supuesto que no! Estoy sobria. —Sonrió, con amargura—. Demasiado sobria.

—Me alegra saberlo. —Dio un par de golpecitos con la pluma, sobre la mesa—. Pero no te creo.

—Pues póngase a la cola.

—Estás muy agresiva.

—No. Solo hostil.

—Deberías cambiar de actitud. No puedo ayudarte, sin tu colaboración.

—No puede ayudarme.

—Eso no lo sabemos. Ni tú, ni yo.

Laura hizo una mueca. ¿Cómo podía estar tan absolutamente ciego aquel hombre? Parecía realmente convencido de que, desde su anónima posición tras su anónima mesa, podía llegar a conocerla y evaluarla, solo porque de la pared colgaban montones de títulos médicos de aspecto impresionante.

—¿De veras? ¿Cómo demonios pretende ayudarme? *No puede*. Estoy demasiado lejos y en realidad, doctor, nunca se ha tomado la molestia de llegar hasta mí, solo quiere que yo vaya hacia usted. Y no voy a hacerlo. En estas reuniones, siempre sé lo que me espera: una sucesión interminable de absurdas preguntas y absurdas respuestas, como las que hemos intercambiado hasta este mismo instante. Si formara parte de una novela se vería eso, un

larguísimo diálogo, en el que el lector podría llegar a perderse, sin saber quién dice qué, en cualquier momento. Y francamente da igual quién lo diga, porque la historia carece de todo interés y, desde un punto de vista literario, es pésima. No hay color, no hay sentido. No hay... detalles.

—Claro que sí. Están. Emboscados sutilmente en cada frase, pero están ahí, te lo aseguro.

—No me refiero a eso. Sé que casi siempre sus preguntas tienen trampa, pero no es eso. Es... —Frunció el ceño, tratando de encontrar la forma de explicarlo. Hizo un gesto, a su alrededor—. Es que este lugar, no existe realmente. Vea, acabo de darme cuenta de que su alfombra es verde, y muy bonita por cierto. Si me hubiese preguntado hace un minuto cómo era, no hubiera sabido qué responderle. Nunca me había fijado.

El doctor Sayús echó un vistazo desinteresado a la alfombra.

—¿Lo consideras un detalle importante?

—Claro que sí. —Laura examinó atentamente la habitación, los muebles de brillante madera oscura, los libros, las plantas estratégicamente distribuidas, los suaves tonos pastel de las paredes, escogidos para tranquilizar. Era un despacho muy bonito. Trató de alejar la absurda impresión de que, hasta entonces, no lo había visto nunca—. Eso demuestra lo poco que representa esta hora en mi vida.

—Es cierto —admitió el doctor Sayús. Durante unos segundos, perdió su habitual impavidez, y su rostro, casi perfectamente redondo, entrado en carnes, dejó escapar una expresión de perplejidad, como si le sorprendiese la lógica de aquel razonamiento—. Pero eso, como todo, puede cambiar, querida —continuó, reponiéndose rápidamente—. Mira bien a tu alrededor, sáturate de detalles. Hazme real. Yo también existo, ¿sabes? Aunque no lo creas, tengo una vida, tengo mis propios problemas...

—¿De veras? —Le miró intrigada. El doctor Sayús se había quedado pensativo. Parecía estar recordando algo especialmente desagradable.

—Te lo aseguro. —Usó la pluma, esta vez para señalar el diván, tapizado

con una tela llena de minúsculas flores rosas—. ¿Por qué no te tumbas y te relajas?

—No me apetece —dijo ella, pero se echó a reír—. Creo que es usted el primer hombre que me hace esa propuesta de un modo totalmente inocente. Porque supongo que es inocente, ¿no?

El doctor Sayús le devolvió la sonrisa.

—¿Te han hecho muchas propuestas de ese tipo?

—Es usted un cotilla, doctor.

—¿Eso crees? Pues todavía no he empezado. Jaime me ha dicho que sales mucho últimamente.

Ella agitó la cabeza, de nuevo irritada.

—Qué tontería. Cualquiera diría que estoy todo el día de *farra*.

—Así que has conocido a alguien.

Se refería a Aguirre, claro. Jaime debía haberle informado de su relación. Desde la terrible noche en que desapareció González, habían salido bastante a menudo, con gran enojo de Jaime. Como todavía seguía en su casa, solía esperarla despierto, con un malhumor de perros. «Bueno, ahora ya no podrá controlar mis entradas y salidas», pensó. Esa mañana, Laura había vuelto a llevar su maleta a su apartamento y había abierto las ventanas para que se ventilase. Estibaliz, aunque con varios días de retraso por complicaciones laborales, regresaba de Tokio y todo volvía a su sitio.

Miró el reloj. En ese mismo instante, el avión debía estar aterrizando y Jaime se encontraba en el aeropuerto, con un enorme ramo de flores. Trató de ignorar la amargura que le provocaba ese pensamiento, pero no pudo.

—Sí. —Sacudió la ceniza con un gesto brusco—. No se apresure en sacar conclusiones clínicas. Solo es un buen amigo.

—Oh, bien. Estupendo. Es importante tener amigos y, si son buenos, mejor. Háblame de él. Cómo es, qué esperas de esa relación.

—Ni lo sueñe. —Caminó de un lado a otro durante unos segundos, sintiéndose como un tigre enjaulado. El doctor Sayús no dijo nada. Finalmente,

Laura se detuvo frente a la mesa y le miró a los ojos—. Oiga, dígame una cosa: cuando Jaime le habla de mis asuntos ¿se tumba en el diván o se sienta en esa silla? —Alzó ambas manos—. No estoy protestando, no crea. Al fin y al cabo, él paga estas sesiones y *quien paga, manda*.

—¿Te molesta que hablemos de ti?

—No. Soy un tema de conversación interesante y lo comprendo. Lo que me molesta, lo que realmente me indigna, es que lo hagan a mis espaldas.

El psiquiatra asintió.

—Lo lamento. Te aseguro que no comento con él nada de lo poco que puedo sacarte, solo recabo información. Yo hago preguntas y tú no me respondes. De algún lado tengo que obtener los datos, y Jaime te conoce muy bien. —Ella no dijo nada. Se limitó a mirar la superficie de la mesa, con hosca concentración—. De todas formas, es obvio que no confías en mí. Lo mejor será que te recomiende a uno de mis colegas.

—¿Un colega? ¿Pretende mandarme a otro psiquiatra? ¿Me está dejando por imposible?

—Supongo que sí. No tiene sentido que perdamos más el tiempo.

—No lo haga. —El doctor Sayús, que había abierto una agenda y estudiaba un listado de nombres, alzó los ojos y la miró. Laura hizo una mueca—. Lo único que conseguirá es que Jaime me eche una bronca.

—No, mujer, no te preocupes. Le diré que...

—Le dirá que no necesito ningún tratamiento, que estoy perfectamente bien.

—No podría. Eso no es cierto.

—¡Oh, vamos!

Protestar resultó completamente inútil. Pasó el resto de la hora intentando convencerle, pero el psiquiatra se mantuvo firme. Si no hablaba, no volvería a recibirla como paciente. Y Laura no habló. No podía hacerlo. Tenía demasiados problemas y demasiado complicados como para expresarlos en simples palabras, y a alguien que estaba tan lejos de todo.

Salió del portal y caminó pensativa, sin prestar atención a la lluvia ni a la

dirección que había tomado; en realidad, no tenía nada que hacer ni ningún lugar al que ir hasta las nueve y media, hora en la que había quedado con Aguirre para cenar e ir al cine.

—¡Laura!

Se dio la vuelta, incrédula. Jaime se acercaba corriendo por la acera, saltando sobre los charcos. Llevaba un portafolios en la mano.

—¿Qué haces aquí? —atinó a preguntar, cuando la alcanzó.

—Otro retraso, por el mal tiempo esta vez. Estibaliz no llegará hasta mañana al mediodía. —Parecía tan contento que Laura no pudo por menos de sentir un punto de compasión por Estibaliz. «Yo por lo menos, sé a qué atenerme», se dijo. «Es su vida, la que es una completa mentira»—. Se me ha ocurrido venir a buscarte. Justo a tiempo, ¿eh? ¿Qué tal te ha ido hoy con el doctor Sayús?

—Oh. Genial. Muy bien —replicó, agradeciendo a su invisible Ángel de la Guarda que Jaime no hubiese llegado a tiempo de subir a la consulta. No le apetecía nada discutir con él en ese momento—. Creo que empezamos a entendernos.

Jaime sonrió.

—Me alegra saberlo. Últimamente, no dejaba de decirme que no colaborabas en absoluto. Empezaba a preocuparme. —No pareció tener nada más que añadir al respecto, y ella no tenía ganas de hablar de nada. Se produjo un instante de silencio incómodo que Jaime rompió, simulando normalidad—. No he traído el coche. —Titubeó, mirando el tráfico—. Y, tal y como está todo, va a ser imposible conseguir un taxi. Yo he venido en uno, y lo he dejado tirado en medio de un atasco. Vamos, sigamos hasta la Gran Vía. Es posible que allí tengamos más suerte.

—Jaime. —Laura suspiró—. ¿Qué... quieres?

Jaime la miró, sorprendido. Al menos, su desconcierto parecía auténtico. Cualquiera otro se lo hubiera tragado sin más, pero no ella.

—¿Cómo que qué quiero?

—Qué quieres, qué pretendes. —Decidió ser absolutamente directa—. Si es

pasar la noche conmigo, olvídalo. Yo ya tengo una cita.

Él frunció el ceño, instantáneamente enojado.

—Con el inspector Aguirre, supongo.

—Exacto. Con el inspector Aguirre. El hombre con el que estoy saliendo en estos momentos.

Jaime resopló.

—Me estás poniendo las cosas muy difíciles, cariño.

—¿Yo? No es mi intención, de veras —aseguró, cansada. Algo en su tono debió conmoverle, porque la expresión de Jaime se ablandó—. Vamos, tomemos algo. Tengo tiempo. —Laura le cogió del brazo y empezó a caminar—. No tenemos por qué discutir. Ya no te pido nada, ni te reprocho nada, ni quiero utilizar a Aguirre para darte celos. —Sonrió. Se sentía peligrosamente inclinada a contárselo todo, y liberarse del peso. La sesión con el doctor Sayús la había afectado más de lo que había supuesto. O, quizá, fuera la lluvia, la constante y deprimente lluvia—. En realidad, no es mi amante. Nunca me he acostado con él. No te he sido fiel, lo reconozco, pero no ha sido con Aguirre.

—¿Qué dices? —Jaime intentó detenerse, pero no opuso mucha resistencia cuando Laura tiró de él para continuar caminando—. ¿Quién? No conoces a nadie más. No sales con nadie más.

—No salgo con él —reconoció Laura, con pesar—. No he vuelto a verle, de hecho. Fue... una aventura, tan intensa como breve. Y tan insatisfactoria como la que mantengo contigo. Un desastre, sin ningún futuro... —Inspiró profundamente. No quería pensar en Caleb—. Aguirre, por el contrario, parece ser mi oportunidad de sentar la cabeza, de empezar de nuevo, de... no sé, encarrilar mi vida, supongo; y me causa una profunda tristeza el hecho de que no me quieras lo suficiente como para desear que obtenga por otros medios lo que tú no puedes darme.

Aquello le dolió, sin duda. Durante varios minutos, Jaime caminó a su lado en silencio, con los hombros levemente hundidos, sumido en profundos pensamientos. Ella tampoco habló. No tenía nada más que decir y estaba

demasiado cansada como para forzarse a comentar cualquier tontería. «Parecemos dos almas en pena, avanzando por una ciudad muerta», pensó, viéndolo todo gris, gris monótono y devastador.

Hacía frío y tenía empapados los zapatos. La densa cortina de agua caía en diagonal, por causa del viento, alterando las formas de todo lo que quedaba al otro lado. Las figuras espectrales con las que se cruzaban miraban al suelo; para el caso, podían no haber tenido ojos, ni rasgo alguno, del mismo modo que parecían carecer de toda vida o incluso de una silueta precisa.

Pasaron frente a un kiosco. Al principio, no le prestó auténtica atención. Sus ojos recorrieron con desinterés los rostros, en su mayoría mujeres hermosas y sonrientes, que la miraban desde las portadas de las revistas, más allá de la cubierta protectora de plástico, pero se detuvieron bruscamente en la primera página de El Correo.

El Retrato del Destripador de las Siete Calles, decía uno de los titulares. Laura arqueó una ceja, y cogió el ejemplar. Automáticamente, como si hubiera pulsado un resorte, Jaime sacó la cartera y lo pagó. Mientras esperaban el cambio, abrió el periódico por la página cinco. El artículo, bastante extenso, estaba macabramente ilustrado con la foto de una de las víctimas, envuelta en plástico. Laura empezó a leer uno de sus párrafos:

*A pesar del secreto oficial, fuentes fidedignas han informado a la redacción de este periódico que el departamento del comisario Regúlez dispone desde hace varios meses de un retrato robot realizado bajo la dirección del testigo presencial de uno de los asesinatos.*

*Ante semejante noticia, el grupo de reciente creación, CEA (Ciudadanos En Alerta) ha anunciado ya que, al margen de otras posibles medidas, redoblarán sus quejas al Alcalde exigiendo que, de existir el mencionado retrato, sea publicado en los medios públicos pertinentes, para poner sobre aviso a las posibles víctimas y facilitar la detención del asesino.*



*«No sé de dónde ha podido salir esa información», ha declarado el comisario Regúlez. «En cualquier caso, el inspector Aguirre me ha asegurado que el retrato no existe y yo le creo».*

—Pero ¡será cínico! —exclamó Laura, estrujando el periódico con rabia.

—Sí, ya lo he leído. —Jaime miró la portada de otro periódico, con la misma noticia contada de forma similar—. Será mejor que Aguirre tenga cuidado. No sé lo que pretende mintiendo con ese descaro, pero resulta evidente que *Galápagos* Regúlez le está sacando brillo a su concha.

Laura se sobresaltó, pero no por aquello. El periódico estaba manchado de sangre. «¿Cómo...?» ¿Qué había pasado, se había cortado sin darse cuenta? Sintió un dolor lacerante en la mano derecha; la extendió y se miró la palma, discretamente, para que Jaime no se enterase de lo que ocurría.

El símbolo mágico que había dibujado allí Caleb con un cuchillo estaba surgiendo en la piel, como un relieve escarlata. Se había olvidado de él, por completo, pero no por eso había dejado de existir.

«Aguirre no podrá verlo, si algo no se lo hace ver», había dicho Caleb. Los finos cortes de la herida se abrieron por sí solos ante sus ojos, sangrando en gotas densas y gruesas. «Mantente alejada de todo mago y de toda manifestación mágica».

Laura guardó apresuradamente la mano en el bolsillo, giró el rostro, buscando, y pegó un brinco.

A pocos metros, estaba el padre Josu Ibargüengoitia. Sus ojos brillaban con un tenue resplandor dorado... no, no era dorado, tenía demasiado componente rojo, era casi naranja. Un naranja sucio y desabrido que contrastaba de forma chocante con el gris general del mundo. Todavía vestía la sotana, aunque ahora se veía desgarrada y sucia, manchada de barro y sangre: el viento golpeaba su borde, convertido en jirones, contra sus piernas.

Su escaso cabello blanco estaba revuelto, y tenía el rostro y las manos cruzados por infinidad de heridas, como si se hubiese estado arrastrando entre la maleza. Parecía más delgado, con la piel prácticamente pegada a la

calavera, moldeándola; era una piel casi translúcida, pavorosamente pálida, excepto las ojeras, que cercaban en negro los ojillos clavados en unas cuencas muy profundas.

Al ver que Laura se fijaba en él, empezó a avanzar en su dirección, caminando de una forma lenta, suave, casi levitando. Había *algo* a su alrededor, *algo* sin forma, sin auténtica sustancia pero vivo y perverso, que le seguía a todas partes, como un aura borrosa de niebla.

Laura se lo quedó mirando con la boca abierta, sin saber qué decir ni qué hacer. Intuía que su primer impulso, salir corriendo, no sería suficiente, ni siquiera aconsejable. Cuando el sacerdote llegó a su lado, Jaime todavía no le había visto. Estaba de espaldas a él, contemplándose pensativo los zapatos.

—Oye, Laura, creo que... creo que tienes razón —le estaba diciendo a ella. Laura no consiguió recordar de qué estaban hablando—. Me estoy comportando como un perfecto egoísta. Si lo que quieres es que me quite de en medio, lo haré. Me apart...

—Feliz Navidad —saludó Ibarguengoitia, aunque todavía era un poco pronto para expresar semejante deseo. El viento culebreó en su sotana, sin agitar la niebla, pero levantando un murmullo que parecía tener significado. Al menos, Laura sintió que lo tenía y, también, que era terrible.

Retrocedió un paso. Jaime giró en redondo y le miró estupefacto. Durante un par de segundos, el asombro le impidió hablar. Luego solo quedó el miedo.

—¡Padre! —Sus ojos volaron hacia Laura y, al ver su expresión, adoptó rápidamente una actitud cauta—. ¡Cielos! ¡Me ha dado un susto de muerte! ¿De... dónde sale? ¿Se encuentra bien? Nos tenía muy preocupados.

—En la oscuridad... En una densa oscuridad, pero ya he despertado. —Su voz sonó áspera, como el tacto de una lápida. Ningún vivo se atrevió a romper el silencio que llegó tras ella. Silbó el viento. Cayó la lluvia. Las pupilas brillantes de Ibarguengoitia parecieron llenarlo todo—. También he recuperado algunos recuerdos.

—¿De veras?

—Sí... Visité a Josefa. Quise... —Titubeó. Laura contuvo la respiración, preguntándose qué habría sido de su pobre ama de llaves—. Y Luis... y tú, mi querido muchacho... Pensé ir a verte, salvar tu alma inmortal. Pero todo es distinto ahora, Jaime. Todo es magia y dolor; no hay lugar para ninguna otra cosa.

—Yo... —Jaime apretó los labios—. Podemos ayudarle.

—No, no puedes. Ahora, formamos parte de mundos distintos. Lo sabes. — Jaime no pudo mantener su mirada—. Si estoy aquí es porque tengo que hablar con Laura. Y no quiero que tú digas ni hagas nada. —Se llevó un dedo a los labios. Silbó, muy bajo, muy suave. Jaime se quedó inmóvil, como si se hubiese perdido repentinamente en sus pensamientos. El sacerdote se volvió hacia Laura. Ella se removió, inquieta—. Me han dicho que estás con Espada de Oro.

—¿Yo? —¿Espada de Oro? ¿Y qué diantres era eso?—. No. No sé a qué se refiere...

—Me refiero a Espada de Oro, claro está. Al Juramentado. A Caleb.

Laura se sobresaltó, aunque intentó disimularlo.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Las otras Criaturas. Las que encontré. Las que pudieron esconderse. Nos está exterminando.

—Pues se equivocan. No sé de qué me habla. —No estaba dispuesta a admitir nada, nunca—. Sí que vi a un... a otro vampiro, pero no hablé con él, y no tengo ni idea de quién era. Se... se lo conté a la policía.

—Mientes —declaró el sacerdote. Sus pupilas relampaguearon—. Sé que mientes, pequeña zorra adúltera, como siempre has mentido. Pero no importa. No voy a matarte, quiero que me sirvas como mensajera.

—Yo...

—Dile a Espada de Oro que nos hemos unido... en algo como una nueva Iglesia renovada, reformada... Y verdadera. Nada de mentiras ni de promesas vacías. Nada de crear dogmas de fe para ocultar el hecho de que todo, todo, es

un invento humano sin sentido. —Su tono se volvió más reflexivo todavía mientras hablaba, como si estuviese recapacitando en voz alta—. Porque, aquí, al otro lado de la oscuridad del Sueño Negro, ya no hay vida, Laura, pero tampoco espanto, ni miedos, ni mentiras... La fe no es necesaria, poseemos la certidumbre.

—¿A qué se refiere?

—A que nuestros Padres existen, tienen una presencia real y estamos dispuestos a adorarles y servirles, agradecidos por la vida eterna que nos han dado. *Existen* —repitió, incidiendo en el término—. No son meras promesas vacías, como las que me cegaron a lo largo de tantos años... —Durante unos momentos pareció desconcertado, como si encontrara increíble haber sido como fue. Luego, recobró el hilo del monólogo—: Dile a Espada de Oro que también a él le reconocemos como Padre, puesto que lo es. Que esta guerra tiene que terminar, es absurdo que se esfuerce en crear bandos cuando todos formamos parte de una misma Familia. ¿Lo recordarás?

—Sí, pero...

—Y debe tener en cuenta que, si se empeña en seguir con el enfrentamiento, le va a resultar más difícil que cuando nos cazaba por separado. Ahora, nuestro rastro es uno solo, nuestra fuerza es una sola y tenemos un deseo común. Dile que queremos negociar, llegar a un acuerdo. Las Criaturas sabemos que el Pecado es la *Sed*. Dile que hablo de ello a sus fieles, que estamos aprendiendo a controlarla, aunque... —Apretó los labios, respirando algo más agitado—. Es duro. Pero lo hacemos. Tú misma eres testigo, puedes verlo. Hueles a sangre y no te he atacado. Díselo.

Laura tardó un par de segundos en responder, abriendo y cerrando la boca sin saber qué decir. Había sido demasiada información, y no estaba segura de haberlo entendido todo correctamente. «Sigue negándolo», se dijo. Era la opción más segura.

—Yo... no puedo decírselo... Ya le digo que no...

Ibargüengoitia dio otro paso en su dirección. Laura retrocedió y chocó de

espaldas con uno de los laterales del kiosco.

—Hazlo o volveré, y te juro que la próxima vez no me iré de la misma forma —le advirtió el vampiro—. Puede que Espada de Oro me mate luego, y con mayor saña, pero a ti no va a gustarte nada lo que voy a hacerte. A ti, y a tu querido amante, ese por el que estás más que dispuesta a arriesgar tu alma inmortal. —Señaló con un gesto a Jaime, que seguía sumido en sus reflexiones—. Tienes veinticuatro horas. Ni una más. Ni una menos.

Giró, con aquella armonía extraña que caracterizaba sus movimientos, y salió del tejadillo del kiosco en dirección a la Plaza Circular. Momentos después, Jaime reaccionó.

—¿Qué...? ¿Qué quería...? —empezó, aturdido. Laura le miró de reojo. Mejor no mencionar a Caleb, ni Espada de Oro, ni nada por el estilo. Jaime no era tonto, y sumaría dos y dos.

—Es por el retrato del asesino. —Menos mal que improvisaba bien. No era una gran excusa, pero podía servir—. Quiere que le diga a Aguirre que ni se le ocurra publicarlo. No sé por qué.

En el breve momento en que no le había seguido con la mirada, Ibarzüengoitia había desaparecido. La calle estaba desierta, no se veía a nadie, excepto al kiosquero, que estaba recogiendo el género para protegerlo de la lluvia, sin hacerles caso.

—Sí, deberíamos hablar con Aguirre —aventuró Jaime, aunque no parecía feliz con la idea—. No creo que sirva de nada tampoco, pero deberíamos informarle de la situación, que... Ibarzüengoitia está por ahí, así... Quizá a él se le ocurra algo.

—Yo se lo diré, no te preocupes.

Él torció el gesto, pero decidió no discutir.

## 2

No quiso telefonarle, pero Caleb recibió el mensaje, vía MRW. No la llamó, ni le salió al encuentro, ni se presentó en su habitación durante las

solitarias noches siguientes, ni siquiera la que pasó en vela, esperando una posible visita de Ibarzüengoitia, pero lo recibió.

Laura lo supo cuando Aguirre le contó que habían encontrado una fosa común en Artxanda, con ocho cuerpos decapitados, entre ellos el de Almudena Mentxaka, aunque no estaba el del sacerdote. «Al parecer, la Sed no es el único pecado», pensó con tristeza. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo excepto, quizá, que las Criaturas debían estar asustadas y confusas, y le inspiraban lástima.

Espada de Oro. ¿Caleb, empuñando un arma de ese tipo? ¿Y por qué? ¿Para qué? Preguntas para las que carecía de respuesta, como siempre.

A través de Aguirre también supo que Carlos Gálvez se había ido unos días a Londres, a dar una conferencia sobre vampirismo psíquico. «Mentiroso», pensó, un poco divertida por aquella muestra de humor negro, segura de que no había abandonado los límites del Gran Bilbao y que la excusa respondía a que la cacería le estaba ocupando todo su tiempo.

Los días siguieron pasando lentamente bajo la tormenta.

Laura creyó que iba a costarle olvidar, pero, con noviembre, la rutina volvió. Mucho antes de lo esperado llegó un momento en el que sintió que su única conexión con aquella historia era Aguirre, que ella se había quedado fuera, rezagada en una especie de loca carrera de obstáculos.

En parte lo lamentaba y en parte, no. La curiosidad persistió, aunque consiguió dominarla aburriéndose con el *Tractatus of Vampiric Lore* de Cannish en el que, hasta el momento, no había encontrado nada referente a Caleb. Dado que no podía achacarla a un sueño, empezó a considerar que tal vez la presencia que la había visitado en el bar, y que le había dado aquella información, le había tomado el pelo.

«O quizá quería conducirme hacia El Imperio en el Crepúsculo sin mencionarlo», recapitó. Era una posibilidad. En cualquier caso, por muy tedioso que le resultase, quería acabar aquel condenado libro. Así que lo llevó al bar y tomó por costumbre el leer al menos un par de páginas diarias

mientras comía, aunque no siempre le resultaba posible y más de una vez se quedó dormida a la mitad. El trabajo la absorbió la mayor parte del tiempo y el resto, dado que Estibaliz permaneció en la ciudad, se lo dedicó por completo a Aguirre.

En esa época, Aguirre consiguió hacerse un hueco de excepción en su vida cotidiana. Las causas fueron de lo más diversas: llevarle la contraria a Jaime, mantenerse informada sobre Caleb y, simplemente, porque realmente le gustaba el inspector. También veía a Jaime con asiduidad, pero por otras razones y a otras horas, siempre de día. Aquel asunto cada vez se complicaba más. Tras un arrebató inicial de generosidad seguía intentando retenerla y ella no conseguía tampoco romper amarras del todo. Al fin y al cabo, le quería.

Pero las noches eran de Aguirre. El inspector casi nunca parecía tener sueño y ella llevaba camino de convertirse en una insomne reconocida. Se acostumbró a recibir sus llamadas o a que estuviera esperándola, a la puerta del bar. Laura no bebía en su presencia. Cierto que, para la hora en la que quedaba con él, muchas veces estaba ya en el estadio que denominaba *borrachera feliz*, pero solo hubo un par de ocasiones en las que no fue capaz de disimularlo y ni siquiera entonces Aguirre hizo ningún comentario.

Cenaban, iban al cine, a bailar, paseaban, charlaban; en definitiva, llegaron a hacerse buenos amigos. «De esos que siempre evitan hablar del pasado o de su relación». En realidad, Aguirre no evitaba hablar del pasado, pero únicamente se refería a él cuando ella planteaba una pregunta directa y nunca se extendía en sus respuestas. El único punto tenso era la naturaleza de su relación.

A ese respecto, ninguno de los dos parecía tener nada que decir. Ni siquiera mencionaron de pasada el beso que habían compartido en el rellano de Jaime. Laura se preguntaba si realmente había tenido alguna importancia. Al fin y al cabo, ambos habían estado muy sensibles aquella noche, con el ataque de Gerión y el secuestro de González... Una pena, pero era algo que, al menos ella, no podía evitar. Si tuvo algún efecto, fue impulsarles a mantener una

mayor distancia.

—Tengo que contarle una cosa —le dijo Aguirre, una noche. Se encontraban en el *Piropo*, un pub muy agradable al que habían empezado a acudir con asiduidad. Laura dejó de jugar con la rodajita de limón de su refresco y le examinó con interés.

—Parece ser algo muy importante.

—Lo es. —Aguirre apoyó los codos en las rodillas y se frotó el rostro con las manos—. Es tan importante que tengo que contárselo a alguien. Y, la verdad, Laura, me he dado cuenta de que solo la tengo a usted.

Laura se removió, incómoda, en su butaca.

—Vamos, no dramatice. Apenas me conoce.

—No necesito conocerla —replicó él, un poco molesto—. No me estoy refiriendo a un mérito suyo, sino a una carencia mía. Da igual la cantidad de confianza que usted crea que debo sentir. No tengo a nadie más, y va a escucharme.

—Claro, hombre. —Laura alzó las manos, indicando que se rendía sin oponer resistencia. Aguirre se echó a reír—. Le escucho.

—Bien. Regúlez me considera alguien poco crédulo en cuanto a lo fantástico y, sin duda, me he comportado así durante gran parte de mi vida profesional, pero le aseguro que no lo soy —empezó, con dificultad, aunque poco a poco fue adquiriendo seguridad en el relato—. No podría serlo, aunque quisiera. ¿Cómo decirlo? No siempre he sido un *adulto muy razonable*, pero he intentado serlo durante un tiempo. Casi había llegado a conseguirlo, rayos. — Laura arqueó una ceja ante semejante afirmación, tan rotunda, tan sentida—. Estos últimos años, la idea de que hacía algo útil, algo válido, la relación, tan estrecha, con la realidad que requiere mi trabajo, los múltiples problemas que surgen en las calles, día a día, me habían ayudado a taponar los últimos resquicios de un... agujero que había en mi mente.

—Está empezando a asustarme —dijo Laura, mirándole realmente impresionada. Jamás hubiera imaginado que iba a oírle decir algo semejante.



—Ja. No se preocupe. Solo quiero decir que había conseguido ser una persona más o menos normal. Entonces, de pronto, me llaman para este caso, todos los indicios sugieren la presencia de un vampiro y, para colmo, aparece Carlos Gálvez, hablando de magia.

Laura dio un respingo. Aguirre no se percató. Seguía contemplando su cerveza.

—¿Magia? —susurró ella.

—Sí. Lo... lo inmutable puede ser alterado y lo imposible no es una posibilidad. La cuadratura del círculo. El dominio sobre los Cuatro Elementos. La Piedra Filosofal. Un... un ventilador que gira y gira sin corriente eléctrica... —Fruunció los labios, pensativo—. Ya había llamado a mi puerta hace tiempo y Carlos me ha hablado mucho del tema este último año. Aun así, hoy me he dado cuenta de que no lo había aceptado.

—¿Qué ha ocurrido?

Aguirre adoptó una expresión de maravilla.

—Que he sido yo quien la ha manipulado.

—¿Manipulado? ¿A quién?

—No a *quién*. Qué. —La miró, sobrecogido—. La magia. He hecho magia.

Laura se incorporó en el asiento.

—¿Que ha hecho magia? ¿Quiere decir que ha llevado a cabo alguna clase de hechizo? —Aguirre asintió. Parecía sincero, y tan sorprendido como ella, así que no vio ninguna razón para dudarlo—. Y... ¿Cómo... cómo es?

Aguirre miró a su alrededor, para cerciorarse de que nadie les prestaba atención, y se volvió hacia ella. Le puso un dedo en la punta de la nariz y se la movió, como hacía la protagonista de *Embrujada*.

—Fácil. Solo tienes que conocer el dibujo. —Esbozó unos trazos con la otra mano—. Y decir la palabra mágica. *Abracadabra*. *Veer'laatim*. —En el extremo del dedo surgió una llama, azul, muy brillante. Laura retrocedió asustada y lanzó una exclamación que fue atenuada por la música del lugar. Aguirre mantuvo el dedo en alto, como si fuese la Estatua de la Libertad, sacó

un cigarrillo y lo encendió—. Asombroso, ¿verdad? Uno nunca se acostumbra a estas cosas. Al menos, yo no consigo acostumbrarme.

—Pero... ¿cómo...?

—Piense bien lo que va a preguntarme, porque posiblemente yo no conozca la respuesta. Esta mañana, Carlos me ha enseñado este truco. Yo no encontraba el mechero y me dio fuego. Me ha dicho que, si realmente no podía quitarme este asqueroso vicio, al menos esto solucionaría el problema del fuego para siempre. —Juntó el índice con el corazón, los separó y tuvo dos llamas, una en cada dedo—. Resulta muy útil, créame. Venga, tóquelo.

—La verdad es que no me apetece mucho...

—Vamos ¿dónde está su curiosidad, su ansia de experimentar? —Laura consideró la crítica y extendió una mano, Sus dedos tocaron la llama. No daba calor. En caso contrario, se hubiese chamuscado la nariz, momentos antes—. ¿Ve? Da luz y en su mayor parte arde como un fuego normal, pero tiene una particularidad: solo quema aquello que no forma parte de la vida. —Juntó los dedos, sopló, y lo apagó—. Carlos lo llama el *Fuego Frío*. Me ha dicho que si estoy interesado puede convertirme en un buen hechicero.

—¿Y qué piensa hacer al respecto? —preguntó Laura, tratando de superar la oleada de amargura que la estaba embargando. Sentía envidia y rabia contra Caleb, por entregarle aquellos conocimientos a Aguirre y no a ella. El inspector se miró los dedos. Después de haberse desahogado, parecía reacio a continuar hablando de aquello.

—Seguirle la corriente, supongo. Si aprendo a sacar conejos de una chistera habrá valido la pena dejar la cordura en el empeño. Tendré asegurada la alimentación para siempre —añadió, sonriendo al ver la cara de horror que puso Laura al imaginar un blanco y encantador conejito asado, rodeado de patatas.

—No se burle. Algo más se le habrá ocurrido.

El rostro de Aguirre se ensombreció.

—Sí, claro que sí. Pero no quiero hablar de ello.

Cambió de conversación y Laura no consiguió que le contase nada más al respecto. Aquel hombre parecía sentir tanta fascinación como repulsa hacia la magia y era lógico porque, a pesar de todo, el inspector Mikel Aguirre era un ser lógico, buscaba serlo, y la magia vulneraba por principio toda lógica.

De todas formas, conocer esa sorprendente faceta de su persona sirvió para que Laura le mirase con otra perspectiva, muy distinta: si Caleb le había considerado digno de ser un hechicero debía ser por algo, y ella estaba más que dispuesta a descubrir de qué se trataba.

Eso sin contar con que había empezado a intuir que había algo más, algo muy oscuro, en su pasado.

### 3

#### *El tesoro del Tuerto Aguirre*

Aguirre carecía de familia. De eso, Laura se enteró prácticamente enseguida, porque tampoco tenía nadie con quien celebrar las fiestas. Hijo único de hijos únicos, contaba siete años cuando su padre, un anticuario que casi nunca estaba en casa, murió en un accidente aéreo, y catorce cuando falleció su madre en unas circunstancias que nunca llegaron a esclarecerse.

Era muy probable que a ello se debiese el interés de Aguirre por la investigación criminal, aunque Laura no hizo ningún comentario al respecto y él no parecía relacionar ambos datos. Los recuerdos de aquella época le resultaban desagradables y dolorosos, y ella jamás los hubiese utilizado como tema de conversación en circunstancias normales.

Pero recordaba perfectamente cómo había hecho referencia a un encuentro anterior con la magia y dio la casualidad de que, una de las protagonistas de ese suceso, había sido su madre; así que, ante su insistencia, y como regalo de cumpleaños, la noche en que Laura cumplía treinta y uno, Aguirre confesó por fin que aquel asesinato, puesto que como tal lo consideraba, marcó profundamente su adolescencia.

Al contrario de lo que hubiera debido pensarse, el inspector Aguirre apenas se acordaba de su madre. Hasta después de su muerte, supo muy poco de la misteriosa misión en la que empeñó todo su tiempo y su dinero en los últimos años. El único momento íntimo que recordaba se refería a una tarde en la que, llegando por sorpresa a la tienda, la descubrió cuando accionaba el mecanismo que abría un cajón secreto en la base de la soberbia bola del mundo que tenía en el despacho.

Era del siglo XVII y había sido fabricada en madera de roble por un artesano anónimo que poseía el genio de un artista. Ocupaba buena parte del minúsculo cuarto, ya que medía algo más de metro y medio de alto y casi uno en su parte más ancha. Para Aguirre, aquella bola era como el mundo auténtico que replicaba, era eterna. Estaba allí desde antes de su nacimiento y la había visto mil veces, pero siempre había imaginado que su elaborado pedestal era una pieza maciza.

Sin embargo, aquel día descubrió que, girando la cabeza del relieve de Eolo que adornaba una de sus esquinas, se abría uno de los laterales, mostrando una cavidad bastante amplia. Aguirre tenía diez años y aquello le fascinó. Dentro, había una cartera forrada de piel, del tamaño de un dietario medio.

—¿Qué es eso, mamá? —le preguntó, intentando cogerla. Ella no se lo permitió, pero llegó a palparla y comprendió, un poco decepcionado, que estaba llena de papeles.

—Mi *caja negra*, cariño —replicó su madre, cerrando el compartimento—. No se lo digas nunca a nadie. ¿De acuerdo?

Aguirre asintió.

—¿Es un tesoro? —preguntó, esperanzado.

Aquello podía explicar lo del tacto de papel. El mapa de un tesoro. ¡El tesoro del *Tuerto* Aguirre! El capitán del hermoso velero Saludos de Bilbao, el imaginario antepasado pirata que utilizaba su padre para contarle aventuras, en sus breves visitas, antes de irse al cielo para no volver. El *Tuerto* Aguirre era divertido y tenaz, siempre decidido a hacer lo justo y siempre enamorado

de doña Ana María.

Pasaron años antes de que Aguirre descubriera que ese era también el nombre de la dama del *Guerrero del Antifaz*, y de que muchas de las historias del *Tuerto*, eran escenas sacadas de libros o películas, pero daba lo mismo. El inspector Aguirre le estaba muy agradecido. Probablemente, sin él, no recordaría en absoluto a su padre.

—Más que eso —le respondió su madre, aquel día. «¿Más que un tesoro?», pensó intrigado Aguirre, dudando sobre si debía volver a decepcionarse o no —. Es algo mucho más valioso y mucho más frágil. Es un secreto.

Eso era su madre: un secreto. Lo eran ella y todo lo que la rodeaba. Aguirre no sabía en qué empleaba su tiempo durante sus largos viajes, ni qué llenaba sus pensamientos. No parecía sentir nada. La última vez que la vio llorar fue la noche en que la visitó una mujer de pelo negro que hablaba en una lengua extraña y que le entregó un paquete.

Por aquel entonces, Aguirre tenía siete años y se había despertado al oír su llanto. Estuvo observándolas desde un rincón del pasillo, sin entender nada de su conversación. No sabía quién era, pero también lloró, al día siguiente, cuando su madre le dijo que su padre había muerto y eso que, entonces, no tenía una conciencia clara de lo que podía ser la muerte.

Lo único importante de todo aquello fue que a partir de entonces el *Tuerto* Aguirre desapareció, y su madre empezó a viajar y a dejarle solo, y a convertirse en una completa extraña. Hubiese podido no saber nunca nada de todo aquello. De hecho, de haber estado en manos de su madre, así habría sido.

Pero, años después, Aguirre se encontró con una bellísima mujer albina.

Le esperaba una tarde en el camino, al salir del instituto, ya cerca de su casa, en las proximidades de Ciudad Jardín. La vio de lejos, y por alguna razón en todo momento pensó que al acercarse ya no seguiría allí, quizá porque todo parecía formar parte de un sueño; pero ella permaneció inmóvil en la acera hasta que llegó a su altura.

Entonces, le acarició una mejilla mientras susurraba:

—Dile a tu madre que me has visto.

Aguirre titubeó. Ni siquiera se le ocurrió preguntar su nombre, no lo sentía necesario. De la mujer emanaba un aura extraña, un halo de tiempo, de siglos incontables. Nadie podría jamás confundirla con otro. Era alguien único.

—Está... está de viaje —consiguió balbucear—. Pero se lo diré en cuanto vuelva, le doy mi palabra.

Ella sonrió. Iba vestida con una blusa amarilla y unos pantalones de flores. Tan normal. Tan extraña...

—¿Cuántos años tienes, muchacho? —preguntó.

—Catorce —respondió él, orgulloso, aunque solo quedaba un mes para su quince cumpleaños. La mujer sonrió con mayor amplitud.

—Me gustas. Me gustas mucho. —Extendió una mano y pasó la palma frente a su rostro y contuvo la respiración. Sus ojos brillaron de otro modo y, si no se equivocaba, hasta habían cambiado de color. Al menos, esa certidumbre tuvo en aquel momento—. Hay cosas que tarde o temprano deberás descubrir, Mikel Aguirre —le dijo, con voz repentinamente oscurecida por un eco que ni siquiera en ella lograba ser agradable—. Por ejemplo, que los principios morales fluctúan, como las mareas.

La hermosa albina salió del trance, se inclinó y le besó en la boca.

Aquella fue la primera experiencia sexual de Aguirre y también, sin duda, fue la mejor durante años, aunque eso Laura tuvo que deducirlo de su expresión y no de lo que dijo. En aquella época, descontando el amor platónico de doña Ana María, las chicas apenas habían empezado a interesarle. No había besado nunca a nadie así y nadie le había besado de esa forma, nunca.

Aquel beso era íntimo, apasionado, intenso; olía a flores, a bosque, sabía a frutas, pero a frutas exóticas, extrañas, prohibidas... Quizá otro hubiese podido resistirse, pero no él. Dejó caer sus libros y la abrazó, y ella se dejó arrastrar hasta las cercanas ruinas de una antigua fábrica de cerveza donde, sin

prisa, le arrebató su inocencia.

Aguirre jamás, jamás, había hecho algo así, ni había pensado hacerlo. La mujer era muy hermosa, eso influyó, y también su sonrisa y su aura de misterio...

Mientras le oía contar lo que sintió entre sus brazos, Laura pensó en Caleb, en lo que había ocurrido aquella primera noche entre ellos, y se sorprendió de lo mucho que tenía en común con Aguirre. «Este hombre podría comprenderme», se dijo, pero por supuesto no se atrevió a confesarle su secreto.

Aquel muchacho que había sido el inspector, se quedó dormido; al despertar era medianoche y estaba solo. Regresó al lugar donde había dejado caer los libros y los recuperó, excepto uno de poesías que había pedido prestado en la biblioteca del Instituto para preparar un trabajo de Literatura. Lo buscó como loco por todas partes, pero había desaparecido. Finalmente, desalentado, decidió volver a casa. Iba tan a la carrera que estuvo a punto de chocar con un hombre que salía del portal, un individuo que vestía traje y gabardina y que le sujetó por los hombros.

—¡Eh! ¿Dónde está el fuego, muchacho?

—Disculpe —dijo él, y hubiese seguido corriendo de no haberlo retenido el desconocido—. Llego tarde. ¡Llego tarde! —repitió con impaciencia, forcejeando para tratar de soltarse. El hombre se echó a reír.

—Caramba. O eres Mikel, o eres el conejo blanco de Alicia en el País de las Maravillas.

Tomado por sorpresa, Aguirre, le miró a los ojos. El desconocido los tenía muy negros, y grandes, quizá demasiado bonitos para pertenecer al rostro de un hombre; eran unos ojos profundos, sabios, que hablaban de ocho siglos de media luna sobre España.

—Soy Mikel —admitió—. Mikel Aguirre.

—Y yo soy Eduardo Expósito. Me alegro de conocerte por fin. —El hombre le soltó y salió a la calle, señalándole el interior del portal con el pulgar—.

Llegas tarde.

Aguirre meneó la cabeza, intrigado y confuso, pero tenía demasiada prisa. Subió a la carrera y llamó repetidamente al timbre. Jamás había llegado tan tarde a casa. La señora Ibáñez, la mujer que había contratado su madre para que le atendiese a él y a la tienda de antigüedades que tenían en el centro de Bilbao durante sus ausencias, debía estar al borde del colapso nervioso.

Efectivamente, lo estaba, y también su madre, que había regresado por sorpresa y le esperaba sentada en el sillón de su habitación, con un cigarrillo en los labios y unos papeles en la mano. Unos documentos que se apresuró a esconder, quizá para poder abofetearle con mayor comodidad, antes de preguntarle a gritos dónde se había metido durante tantas horas.

«¿Y dónde te has metido tú, durante tantos meses?», pensó él, amargamente, aunque no dijo nada. Ni siquiera le dio una respuesta. Seguramente, ella tampoco la esperaba. Estaba furiosa y muy cambiada.

No la había visto desde la Navidad del año anterior. Se había cortado el pelo y se lo había teñido de un tono naranja muy poco afortunado. Aguirre tuvo la extraña impresión de que la veía por primera vez. Su madre se había convertido en una mujer prematuramente envejecida y muy, muy asustada, tanto que pensó que en algún punto de sus viajes debía haber visto al diablo.

Así debía ser, porque, cuando le dio el mensaje de la mujer albina, retrocedió un paso, aferró con fuerza su crucifijo de oro y murmuró algo incomprensible, de lo que solo pudo entender: *no voy a perderte a ti también*. Acto seguido, empezó a hacerle la maleta.

Por más que lo intentó, no consiguió hacer que cambiase de idea. Aguirre no quería irse, y menos en esos momentos: quería permanecer en Bilbao, y reencontrarse con aquella mujer que tanto le había perturbado y descubrir quién era, y hacerle el amor por siempre, pero no podía decírselo, algo se lo impedía. Daba igual, probablemente ni le hubiese escuchado. Su madre le metió unos billetes en el bolsillo y le puso en el primer tren con destino a Cádiz, donde vivía una antigua amiga suya.



Era realmente antigua, porque no se veían desde hacía veinte años y no mantenían ninguna clase de contacto. Debido a esto, Aguirre se encontró en Cádiz solo y llamando a una puerta en la que nadie conocía el nombre por el que preguntaba. Al parecer, la amiga en cuestión había cambiado de domicilio hacía mucho y obviamente no había visto la necesidad de comunicárselo.

Asustado, telefoneó a su madre y ella le ordenó que no volviese. Le consiguió una habitación en un hotel y le dijo que le llamaría al día siguiente, pero no lo hizo, ni volvió a coger el teléfono. No volvió a hablar con ella, nunca.

Seguro de que ocurría algo terrible, decidió desobedecer y regresar. Se le había acabado el dinero, así que hizo el camino de vuelta en *auto-stop*, en un viaje que recordaba largo y lleno de peripecias. Estuvo rondando su casa dos días, sin éxito. Nadie abría la puerta ni contestaban al teléfono, y todas las persianas estaban bajadas, como si no hubiese nadie dentro. Los vecinos no sabían nada.

La tienda también estaba cerrada, con la persiana metálica echada, y daba la impresión de que llevaba así mucho tiempo, por la suciedad acumulada en sus juntas y su base. La tercera noche decidió pasarla junto a su puerta, porque tenía una amplia entrada, flanqueada por los dos escaparates. Cubrió las baldosas con periódicos, se comió los restos de la barra de pan que había robado esa mañana en un supermercado, se cruzó la chamarra, apoyó la cabeza en los restos de su bolsa de viaje y se quedó dormido al instante, agotado.

Despertó, de pronto.

Era de noche, noche profunda. De pie, sobre su estómago, había un gato. Su pelo era muy blanco, sin mancha alguna, y sus ojos brillaban con una luminosidad rosada. Aguirre se incorporó bruscamente y el felino huyó, pero no antes de que comprendiese que era albino, y también que era una gata, aunque éste último dato no supo a qué atribuirlo.

—¡Eh, espera! —le gritó, saliendo a la acera. Nada. Desaparecida, integrada en las sombras, o, más probablemente, dado su color, escondida bajo un

coche, pero no había coches y la calle era muy céntrica, y estaba bien iluminada. Podía ver muchos metros, a ambos lados, pero no a la gata.

«Qué extraño...».

Aguirre oyó un crujido muy leve a su espalda y se dio la vuelta.

La persiana de la tienda estaba abierta y también la gruesa puerta de seguridad, que se movía suavemente sobre sus goznes, empujada por la débil corriente de la brisa nocturna. Sorprendido, incapaz de creerlo, se acercó para verificar que ciertamente era la persiana de siempre, que no la habían cambiado durante su ausencia. Lo era. Aguirre, que la había abierto muchas veces, sabía que producía mucho ruido al enroscarse sobre sí misma, incluso estando impecable y engrasada. Era imposible que no le hubiese despertado.

—¿Mamá? —preguntó, pero no hubo respuesta. Sintiendo el martilleo del corazón como un tambor en una caja de resonancia, entró.

Estaba oscuro y, como no tardó en comprobar, no había luz eléctrica. Mientras buscaba infructuosamente la linterna que guardaban en uno de los armarios de la entrada, le llegó el sonido perezoso del ventilador, un resplandor apagado, y un aroma intenso, algo dulzón y desagradable que no supo a qué atribuir. Todo ello parecía venir de la oficina del fondo, del despacho donde su madre llevaba la administración de la tienda.

Aguirre tragó saliva, sintiendo, *sabiendo*, que iba a ver algo realmente espantoso, deseando poder irse. Pero no podía hacerlo.

—¿Mamá? —volvió a repetir, con el mismo éxito. Del despacho solo escapaba el *szuuu szuuu* del ventilador, quizá un poco forzado, y aquella luz enfermiza, y aquel aroma repugnante, y aquella...

Aguirre se estremeció.

Aquella *intuición* terrible.

Se dirigió hacia allí tanteando con torpeza en la negrura, preguntándose cómo demonios podía hacer tanto calor en aquel sitio.

Y, también, cómo podía estar funcionando el ventilador si no había electricidad.

La oficina estaba totalmente revuelta. No había que esforzarse para deducir que había sido objeto de un violento registro. Allí, iluminada por las velas negras de un candelabro del siglo XVIII, encontró a su madre. Durante un largo instante, pudo ver su rostro y nunca, nunca, lo había olvidado.

¿Cómo hubiera podido hacerlo? Tenía clavada una expresión de angustia en la boca y sus ojos, abiertos y opacos, muy muertos, miraban sin ver cuanto había en el despacho.

La habían ahorcado, con una cuerda atada al ventilador. Su cuerpo menudo, roto y golpeado, estaba girando, poco a poco, con lentitud, aunque daba la impresión de no ir a detenerse nunca. Aunque en aquella época Aguirre no tenía ni idea de esas cosas, por el tono morado de su piel y por el olor supo que llevaba varios días haciendo exactamente lo mismo.

La miró durante mucho rato, incapaz de hacer o decir nada, incapaz de gritar su angustia y pedir ayuda. Estaba totalmente noqueado por la situación, sintiéndose solo y perdido, sobrecogido todavía por la intuición de una terrible amenaza. Cuando consiguió reaccionar, se dirigió a la bola del mundo y accionó el mecanismo. La cartera seguía allí. Quien quiera que hubiese hecho aquello había sido incapaz de encontrarla.

Aguirre la cogió y la estrechó entre sus brazos mientras daba una vuelta sobre sí mismo, estudiando el entorno, sintiendo que había algo que se le escapaba, algo evidente. Todos los cajones estaban abiertos, y su contenido, en su mayor parte papeles, estaba esparcido por el suelo. Por todas partes podían verse objetos de mucho valor, pero no habían robado nada; nada, excepto, aparentemente, un cuadro, y no un cuadro cualquiera, sino un ejemplar del New York Times que su madre había hecho enmarcar y colgar en la pared hacía ya varios años.

Nunca le había explicado las razones de aquella extravagante decoración. Aguirre solo lo entendió cuando fue lo suficientemente mayor como para comprobar que su fecha correspondía a la del día en que había muerto su padre en un accidente aéreo. No dijo nada, aunque el asunto le pareció más

tétrico que romántico.

De entre todas las cosas que podían haberse llevado, habían escogido aquello. No podía entenderlo.

Al salir, en la puerta, sobre los periódicos que había usado para abrigarse y dormir, vio un libro de poesía. Era el suyo, el que había desaparecido la noche en que conoció a la mujer albina. Aguirre no lo tocó; recogió su mochila y se marchó.

Ni siquiera mientras se lo contaba a Laura, en una pizzería, después de tantos años, estaba seguro de por qué lo hizo. Probablemente porque estaba bajo los efectos de un *shock* y de un miedo demasiado intensos. Necesitaba correr, huir, ocultarse. Durante casi tres meses deambuló de un lado para otro como un auténtico vagabundo y luego vivió otros tantos con una chica que estaba de *ocupa* en un cuartel de la Guardia Civil abandonado y que se ganaba la vida haciendo pequeños objetos de cuero que vendían los domingos por la mañana en la Plaza Nueva bilbaína.

Por las noches, sus sueños estaban poblados de pesadillas, de imágenes, siluetas, figuras desdibujadas, excepto una, la de ella, la mujer albina, siempre de espaldas, siempre alejándose por un camino de piedra.

«¡Eh, espera!», le gritaba Aguirre a la gata. «¿Qué siento? ¿Quién eres? ¿Qué... hicieron?».

La mujer levantaba un brazo. La tela de su túnica blanca ondeaba con la brisa del mar, que se agitaba allí abajo, al pie del acantilado.

«No fui yo», replicaba su voz, noche tras noche. «No es importante, pero no me gustaría sentir tu odio. Yo solo quería avisarla...».

Aguirre intentaba abrazarla, lo intentaba con todas sus fuerzas, pero nunca podía moverse. «Dime ¿qué siento?». Y ella desaparecía, añadiendo sin palabras: «No me busques. No puedo ayudarte».

El deseo de venganza llegó poco a poco, de una forma inconsciente e imparable. A pesar del miedo, a medida que transcurría el tiempo, su mente empezaba a acostumbrarse y a aclararse, embargándole una profunda rabia.

Era Navidad cuando abrió la cremallera que cerraba tres de los cuatro lados de la cartera de su madre y empezó a investigar su contenido.

Entre los muchos papeles, gran parte de los cuales parecían confusas anotaciones, resúmenes de un libro, encontró dos que le llamaron especialmente la atención. Uno era un telegrama enviado a una dirección de Vaduz desde la ciudad de El Cairo, fechado pocos días antes de la muerte de su madre, y dirigido a ella. Estaba en inglés, y por aquel entonces no conocía suficientemente el idioma.

Solo pudo traducir:

*MENCIONADO PAQUETE Y TIENDA A ALGUIEN. STOP  
RECOMIENDO ABANDONES DEFINITIVAMENTE  
BILBAO. STOP.  
ANGEL*

Trató de hacer memoria, pero jamás la había oído nombrar a ningún amigo que se llamase así, pero al pensarlo mejor comprendió que jamás la había oído nombrar a ningún amigo. Por ese lado, no podía sacar nada más.

El otro papel, de calidad y con un suave tono azulado, era una carta con sobre a juego pero sin sello ni matasellos de ningún tipo, por lo que supuso que había sido entregada en mano. En el extremo inferior izquierdo del sobre podía leerse, en letras de imprenta: Armando Leite San Pedro, Restaurador.

Por fortuna, su mensaje estaba en castellano, y escrito a máquina:

*Estimada señora:*

*Su marido traicionó mi confianza, pero usted está insultando mi inteligencia. No voy a discutir más el asunto. Yo sé, y usted sabe, que el objeto catalogado como AX/7783bis-B4 no estaba en el avión en el que murió el señor Aguirre. Mis socios, le consta, siempre supusieron que se lo envió, probablemente desde el mismo aeropuerto y con ayuda de alguien, a usted; ahora, después de mis últimas investigaciones y de mis últimos descubrimientos, yo*

*también lo creo.*

*Mi querida señora, sea sensata y no intente jugar a un juego que encontraría peligroso y desagradable. Tenga en cuenta que, hasta este momento, ha contado con mi apoyo, pero que ya no más. Yo que usted no esperaría demasiado de ese hechicero de segunda con el que está compartiendo los conocimientos que nos niega tan firmemente a nosotros. Mis socios querían eliminarle. He podido disuadirles de llevar a cabo un acto tan sin sentido, pero créame, no sé cuánto tiempo más podré seguir manteniendo la situación. Quiero el libro, y lo quiero ya. Le recomiendo que venga a verme esta misma noche, a la dirección que le adjunto, y que lo traiga consigo. En caso contrario, no dude que protegeré mis intereses hasta las últimas consecuencias.*

*Fdo: Armando Leite San Pedro.*

Esa misma noche, acudiendo muy tarde a una cita a la que no había sido invitado, Aguirre se presentó en aquella dirección, un chalet bastante grande situado en la ladera del monte Artxanda. Estaba frente a su puerta, vigilando tras unos árboles, cerciorándose de que no había perros, ni guardias, ni ninguna cámara, cuando vio que llegaba un coche negro, conducido por un hombre al que reconoció a la luz de las farolas que iluminaban la entrada. Aun así, tardó unos segundos en recordar el nombre, porque solo le había visto una vez y muy brevemente.

Era Eduardo Expósito, el individuo con el que se había cruzado en el portal la noche que regresó su madre. Probablemente, dedujo, quien le entregó la nota.

Aguirre esperó unos minutos, tanto para no delatar su presencia como para digerir la oleada de rabia que le había provocado el descubrimiento. Una vez hubo recuperado el temple y seguro de que no había ninguna vigilancia especial, saltó el muro, se deslizó hacia la casa, forzó una ventana de la parte trasera, que emitió un siseo extraño al abrirse y caminó lentamente por su

oscuro interior.

No tardó en oír voces y en distinguir una luz. Se acercó con cuidado a una puerta entreabierta que conducía a un salón, y vio que allí había dos hombres, de perfil. Eduardo Expósito estaba de pie, con las manos en los bolsillos de la gabardina. El otro hombre, un anciano de cabello blanco, se encontraba sentado en un sillón junto a la chimenea.

—... ha entrado —oyó que decía este último, con una voz muy cascada y gutural—. He podido sentirlo.

—Quizá alguno de sus hombres... —sugirió Expósito.

—No. Eso es ridículo. Como comprenderás, ninguno de ellos necesitaría forzar una entrada en esta casa.

—¿Quiere que lo compruebe?

—No. No importa. —El desconocido apretó las manos en los brazos del sillón—. Ya he trasladado todo lo importante. Sea quien sea, no hay nada que robar, y si viene a por mí, me encontrará esperando.

—Muy bien. Volvamos a lo nuestro, entonces. Por mi parte, ya he dicho lo que he venido a decir.

—Sí. —El anciano contempló las llamas—. ¿Estás absolutamente seguro, Eduardo?

—Completamente —replicó Expósito, con una cierta tristeza, chasqueando los dientes—. Ya no hay nada que hacer.

—Eso parece —gruñó el otro, obviamente contrariado. De pronto, se puso tenso, por alguna idea que se le había ocurrido—. Aunque, no podemos descartarlo, también cabe la posibilidad de que lo tenga el muchacho.

—¿Mikel? —Expósito negó con la cabeza, convencido—. No. Imposible. Todo indica que fue un agente de *Centro*, señor Leite. Ese chico no sabe nada de magia, no tiene ni idea de lo que ocurre. Además, en aquel momento estaba en Cádiz. Me lo dijo Garbiñe y me lo confirmaron en el hotel en el que estuvo alojado. No le pesqué por un par de horas.

—Entonces, ¿por qué se esconde?

—Porque tiene miedo. Es lógico. En su lugar, yo haría lo mismo, y usted, probablemente, también.

El señor Leite asintió.

—Supongo que sí. ¿Vas a ocuparte de él?

—Claro. Ya he movido los hilos adecuados. Solo es cuestión de tiempo. En cuanto lo cojan, me haré cargo del asunto. —«Oh, Dios, van a eliminarme», pensó Aguirre, sintiéndose atrapado, aplastado por la certidumbre de que todo el Sistema, el gigantesco y metódico engranaje de la burocracia humana, funcionaba en esos instantes para localizarle y neutralizarle específicamente a él, de forma implacable. En el salón se produjo un silencio, bastante tenso—. Bien, a menos que quiera añadir algo, me parece que eso es todo.

—Sí, eso es todo —aceptó el anciano, con amargura—. Tantos años, para nada. Es injusto que esto haya acabado así. Es injusto que, al final, una vez más, el premio se lo haya llevado *Centro*.

Expósito sonrió.

—Eso es porque ellos disponen de una gran organización, y nosotros siempre estamos divididos.

El otro le miró con acritud.

—Tú tienes la culpa. Yo hubiese podido sacar más de ese libro en un solo día que tú en estos seis años.

—Cierto. Pero usted no hubiese compartido ese conocimiento conmigo. Acusarme de haber hecho lo mismo que hubiera hecho usted, es hipócrita y... —en ese momento, Expósito se giró para marcharse y le vio. Su expresión se llenó de sorpresa—. ¡Mikel! ¡Mikel! ¡No, espera!

No le hizo caso. Tenía demasiado miedo como para detenerse a pedir una explicación racional sobre lo que ocurría. Aguirre dio media vuelta y salió corriendo, dirigiéndose rápidamente a la ventana por la que había entrado. Expósito le persiguió. Le oyó gritar otra vez, llamándole, y encendieron varias luces a su espalda, iluminando un jardín lleno de formas amenazadoras y de sombras emboscadas. No se detuvo. Consiguió llegar al muro y saltarlo, y



perderse en la noche antes de que pudieran atraparlo.

Después de aquello, durante varios meses, viajó de un lado a otro, sin detenerse nunca más de dos días en ninguna parte, casi siempre fregando platos y limpiando por una comida. Pero, era inevitable, la suerte se le acabó. Un policía le localizó por fin en la costa levantina y un señor de traje oscuro, en un despacho igualmente oscuro, le dijo que su madre había sufrido un lamentable accidente. Cuando se echó a reír, se le habló de suicidio. No lo creyó, no había ninguna silla volcada a los pies de su madre, ni ningún charco de agua, como en un relato de suspense, pero no pudo hacer nada al respecto.

Tampoco pudo hacer nada por sí mismo. No le dejaron seguir huyendo, que era lo que deseaba hacer, lo que *necesitaba* hacer. No escucharon sus protestas y a partir de entonces, sin el dinero que hubiese podido despertar la compasión de algún pariente lejano, puesto que todo el contenido de la tienda y la venta del piso de sus padres apenas había bastado para pagar las innumerables deudas que su madre había acumulado durante los últimos años, Aguirre se había educado bajo la tutela del Tribunal de Menores.

Se labró fama de rebelde y se escapó dos veces del Hogar Juvenil donde le internaron; la primera, solo pudo recorrer veinte kilómetros; la segunda, le encontraron meses después, en el Paseo de Torremolinos, completamente borracho, tras cometer el error de aceptar la invitación de dos turistas suecas que querían que acudiera con ellas a una fiesta. En aquella época, Aguirre había empezado a beber en exceso y lo pagó caro. Se quedó dormido y, al terminar la fiesta, sus amigas debieron considerar que el césped del paseo era un colchón tan bueno como cualquier otro cuando se carece de techo. Por lo que supo, a ellas las expulsaron del país, y a él le metieron en un tren y le enviaron al norte.

Durante su ausencia, el Hogar había cambiado de director y el nuevo no le recibió en su despacho, ni le echó la bronca que se esperaba. Estaba en la nueva cancha de baloncesto y trataba de encestar el balón, pero no se había quitado la gabardina y eso dificultaba sus movimientos.

Al reconocerle, Aguirre ahogó una exclamación. Intentó dar media vuelta y salir corriendo, pero el bedel le retorció un brazo y lo condujo por la fuerza hacia el señor Expósito. Una vez allí, le dio un empujón gratuito, advirtiéndole que mantuviese bien recta la espalda y les dejó solos. Expósito le observó mientras se alejaba, con cara de pocos amigos.

Luego, se volvió hacia Aguirre.

Él, viéndose atrapado, al menos de momento, había metido las manos en los bolsillos, adoptando su pose de *no hay nada en el mundo de lo que no pueda pasar*, cuidadosamente perfeccionada a lo largo de los últimos meses. Expósito le contempló de pies a cabeza y botó el balón.

—He estudiado tu expediente —le dijo. Aguirre no contestó, ni le miró. Siguió con los ojos fijos en el suelo y las manos profundamente hundidas en los bolsillos de los tejanos; pero al señor Expósito no parecía afectarle en absoluto su indiferencia, por muy despectiva que fuese—. Sacabas muy buenas notas en el colegio. Si te aplicas, seguro que puedes recuperar el tiempo perdido.

«¿Qué pretende?» , pensó él. «Estamos solos. ¿Por qué no me dice directamente qué va a hacer conmigo?». Aguirre volvió el rostro hacia el muro que rodeaba el edificio. El repentino empeoramiento de las circunstancias no tenía por qué afectar en absoluto a sus planes. «Solo acelerarlos. Tengo que marcharme esta misma noche». Desde que había cruzado las puertas, incluso antes, su único pensamiento era cómo huir y ya se le habían ocurrido un par de ideas con grandes posibilidades de éxito.

El señor Expósito se dio cuenta y se detuvo. Le observó, con la pelota debajo del brazo.

—Sin embargo, si vuelves a escaparte, te llevarán a otro lugar, a una auténtica cárcel. Me han dicho que te lo advierta y lo hago.

Aguirre bufó, indicando que la entrevista se estaba alargando demasiado y que le aburría. El señor Expósito sonrió con amabilidad y dio un paso en su dirección. Aguirre retrocedió, manteniendo la distancia.

—No se acerque a mí —le advirtió, aterrado, preguntándose cuánto tiempo más podría parecer impasible. Expósito le observó con mayor atención. Sus ojos se velaron, como si, de pronto, hubiese comprendido y esa comprensión le hubiese llenado de piedad.

—No voy a hacerte daño, chico. Nadie va a hacerte daño. De hecho, estoy aquí para ayudarte.

—Y una mierda —escupió él, con rabia—. Olvida que le oí, hablando con Leite, jactándose de *mover los hilos*, de estar preparando el terreno para eliminarme.

—¿De verdad crees que yo...? Sí, supongo que sí. —Hizo una ligera pausa, que empleó en contemplar el cercano edificio del comedor, como buscando algo de inspiración en sus feas líneas—. Yo quería a tu madre, Mikel. La amaba —le dijo de pronto. Aguirre le miró con sorpresa. Él, que no le conocía amigos de ningún tipo, nunca se había planteado la posibilidad de que su madre tuviese una relación sentimental con nadie—. Y puedo hacer mucho por ti, pero no puedo hacerlo *todo*. En realidad, cuanto antes comprendas que estás solo, las cosas te irán mejor. Estás completamente solo. Si tú no cuidas de ti mismo ¿quién lo hará?

Aguirre frunció el ceño.

—Váyase a la mierda. Si de verdad quiere ayudarme, dígame quién es ese *Centro* del que hablaban, y dónde puedo encontrarle.

Expósito le lanzó la pelota con fuerza y apenas tuvo tiempo de sacar las manos de los bolsillos para cogerla. Le hizo daño en los dedos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Matarle?

Aguirre no supo qué contestar. Su deseo de venganza era demasiado pasional para la fría respuesta que precisaba aquella pregunta.

—No lo sé.

—Pues será mejor que lo decidas, antes de dar ciertos pasos —replicó Expósito. Avanzó hacia él e intentó recuperar la pelota, pero Aguirre la puso fuera de su alcance—. Entrar en casa de Leite fue una demostración de valor,

pero también de estupidez. Podría haberte costado la vida.

—Quiero vengarme.

—Ya. ¿Y quién no, muchacho? ¿Y quién no? —Durante un segundo, la expresión de Expósito se oscureció y se volvió temible—. Tú eres su hijo, pero yo era su amante.

—¿Y por qué demonios no hace nada?

—Lo estoy haciendo. —Le mostró las palmas de las manos—. Estoy aquí, ¿no?

Aguirre contuvo el aliento.

—¿Ha venido a enseñarme a utilizarla?

—¿El qué?

—La... La *magia* —consiguió susurrar, con reverencia y asco.

—Por Dios, no. —Expósito abrió mucho los ojos, como si aquella idea le hubiese supuesto el colmo del asombro—. ¿Pero qué dices? No sabría por dónde empezar.

Aguirre frunció el ceño, enojado.

—Eso es falso. No me mienta. Leite dijo que había estado usted estudiando un libro durante seis años.

Expósito se echó a reír.

—Oh, entiendo. —Se pasó una mano por la barbilla—. El libro y el señor Leite. Sí, claro. Lo que él no sabía es que me leí ese libro la primera semana. No necesité más tiempo, soy un excelente filólogo. —Asintió, al darse cuenta de su sorpresa—. Así fue como nos conocimos tu madre y yo. Por aquel entonces, jamás se me hubiera ocurrido pensar que mi vida iba a sufrir un cambio tan drástico. Yo daba clases en la Universidad, en Deusto, pero me había tomado un año sabático para escribir un libro, uno de texto sobre... Bah, es igual. Entonces, apareció tu madre. Vino a verme a mi despacho, con la intención de contratarme para que la ayudara a traducir un viejo volumen que había heredado, según dijo. Supongo que era cierto. —Pareció un poco incómodo—. Tu madre era una mujer magnífica, Mikel. Valiente y decidida, y

has demostrado de sobra que en eso te pareces a ella. Garbiñe no sabía nada, pero estaba dispuesta a buscar el *conocimiento* y arrancárselo con uñas y dientes a quien lo tuviera, porque pensaba que era la única forma de seguir siendo fiel a su... a tu... padre.

—¿Era él un mago? —preguntó Aguirre en un murmullo. Intuía que sí, pero necesitaba saberlo. Estaba recordando el rostro de su padre durante una de sus historias del *Tuerto Aguirre*, exclamando con entusiasmo: *Os aseguro, señor, que hay caminos mucho más peligrosos que los del acero.*

—Sí. Un hechicero y, por lo que he oído decir, uno de los mejores. Tu madre solo lo descubrió después de su muerte. Le quería y todo aquello la afectó mucho. Puede que, como dicen algunos, se volviera loca al recibir la noticia, no lo sé. Probablemente sí que estaba loca al final, pero eso es lógico. Incluso yo enloquecí un poco a medida que me sumergía en esa historia.

—Lo entiendo, sí... —murmuró Aguirre, recordando el ventilador, la persiana metálica, la gata. Sus sueños.

Expósito asintió.

—Aquel día, sin embargo, cuando entró en mi despacho, irrumpió en mi vida como un rayo de luz. Me enamoré de ella al instante y odié el libro también a primera vista. Decía cosas, muchas cosas, sí, y todas terribles, pero no *enseñaba*. No sé cómo explicártelo... Estudié la teoría, pero no la práctica, eso es. Además, la teoría me resultó excesivamente... compleja. Sí que aprendí algunos conceptos, que me sirvieron para hacerme pasar por hechicero ante tipos como Leite aunque, lamentablemente, eso les puso en aviso de que tenía ese libro.

—¿A qué se refiere?

—Por aquel entonces ni tu madre ni yo lo sabíamos, pero había en él conocimientos que no podíamos haber sacado de ningún otro sitio... En fin, considéralo así: un libro de esgrima no te convierte en espadachín, sobre todo cuando no comprendes los conceptos técnicos que utiliza. Lamento decepcionarte, chico, pero esta es la situación.

—¿Y por qué no se lo dijo a Leite?

—Ja. Porque prefiero que no lo sepa. Aunque no haya aprendido a manipular la magia, este asunto me ha enseñado a tratar con magos. Hay muchos y algunos están organizados. Se pasan el tiempo eliminándose unos a otros y eliminando a todos aquellos que descubren su existencia, si creen que eso los hace vulnerables, que es siempre. —Se encogió de hombros—. Unos tipos simpáticos.

—*Centro* pertenece a una organización.

Expósito chasqueó los dientes.

—*Centro* es el centro de una organización, pero es lo único que te voy a decir al respecto. —Le miró, fijamente—. No seas tonto. No voy a ayudarte a enfrentarte a tus enemigos, Mikel. Sobre todo, cuando te superan en número y en poder.

—Bueno... —Estaba claro que no podría convencerle y en parte le entendía. Aquella gente era muy poderosa. Claro que la situación podía cambiar en el futuro—. Pero algo diría ese libro, ¿no? Algo que pueda servirnos —insistió, tratando de aferrarse a la idea de que aquel hombre podía saber más de lo que creía saber—. Mi madre murió por su culpa. Y sospecho que mi padre también.

Expósito asintió.

—Sí, me temo que sí. Y no murieron por nada. Ese libro *es* importante. Habla de magia y de aquellos que pueden manipularla. Lo que pasa es que yo no supe por dónde empezar y ningún hechicero con el que nos pusimos en contacto quería ayudarnos si no dábamos algo a cambio *antes*, lo que hubiera implicado tener que entregarles el libro y no podíamos hacerlo. Creo que tu madre había encontrado a alguien, en su último viaje. Fui a verla, pero no quiso decirme nada. Además, estaba nerviosa por tu ausencia. Esa fue la noche en que tú y yo nos conocimos.

Aguirre agitó la cabeza, desalentado.

—Si tengo que enfrentarme a... hechiceros de esa calaña, supongo que

tendré que prepararme. —Botó el balón y encestó desde la línea de tres puntos. Siempre había tenido buena puntería y el baloncesto era su deporte favorito. Había jugado de base en el equipo del instituto—. Dígame algo, algún concepto de esos que dice que le sirvieron para hacerse pasar por mago.

Expósito sonrió y metió las manos en los bolsillos de su gabardina.

—*La magia es una energía inmutable que se transforma continuamente* — recitó. Aguirre arqueó las cejas.

—Bueno, la Física no es lo mío, pero me parece que eso es... absurdo.

—Ja, absurdo. Pues es el Primer Dogma. Si no lo aceptas, no podrás pasar a segundo nivel.

—¿A segundo nivel? —Aguirre enarcó ambas cejas—. ¿De qué habla?

—De Juegos de Rol, Mikel, pero olvídalo, no importa, al menos de momento. Ya llegaremos a eso. Ahora, ya que quieres aprender magia, escucha otro inapreciable concepto: *Los extremos se tocan. Todas las paradojas pueden reconciliarse.*

Se lo quedó mirando, sonriendo ampliamente, de una forma teatral, esperando su reacción. Aguirre, cada vez más confuso, alzó una mano y se rascó una oreja.

—Hum... Eso no tiene mayor sentido.

—Ajá. Eres un chico listo. *Toda Imagen tiene su Reflejo y todo Reflejo su Inverso. El Inverso es una formación mágica, una estructura sólida de un solo Signo, pero su Nexo es muy vulnerable. Si obtienes el control sobre su Reflejo, tendrás control sobre la Imagen, mas solo un inmortal podrá alterar un Inverso sin destruirlo...*

—Me está tomando el pelo.

—En absoluto. —Siguió, incansable—. *Como es arriba, es abajo. La magia es una energía que carece de masa, pero que ocupa espacio; lo que antes estaba, dejará de estar. Todo está compuesto de sus Componentes más Uno. Todo fluye y refluye; la medida de su...*

Aguirre puso cara de fastidio.

—Déjelo. —Alzó ambas manos, intentando detener aquella avalancha de incongruencias—. Es igual.

Expósito se echó a reír y le invitó a tomar algo en la cafetería.

Nunca volvieron a hablar de magia, al menos no de la magia *real*, como si hubiesen llegado a alguna clase de acuerdo tácito. Se hicieron amigos; más que amigos, pues Aguirre, que siempre había echado de menos un padre, encontró en aquel hombre un excelente sustituto. Bajo su dirección, retomó los estudios y utilizó su mente, los libros y los Juegos de Rol, en los que reencontró el espíritu del *Tuerto* Aguirre, para recuperar la cordura.

Gracias a eso, la rabia vengativa y el miedo, aquel miedo irracional que había llegado a pensar que nunca desaparecería, se desvanecieron. Su vida se volvió normal. La pesadilla dejó de ser un presente continuo para convertirse en pasado, e incluso la olvidó aunque, al meditar sobre ello, debía reconocer que de una forma inconsciente siempre trabajó para poder enfrentarse a ella, algún día.

Terminó sus estudios medios con excelentes calificaciones, obtuvo una beca universitaria, entró en la Ertzaintza y se convirtió en alguien lo suficientemente común como para poder buscarse una situación en el mundo. Mucho más tarde, cuando tuvo auténtico acceso a los informes del caso, solo lo hizo por curiosidad. Todo aquello había quedado demasiado lejos o al menos eso suponía.

Pero no era así.

Lo descubrió al leer que, cuando murió, su padre estaba siendo investigado por su relación con una banda de traficantes de antigüedades y que la policía sospechaba que ambas muertes habían sido debidas a un ajuste de cuentas por un objeto del que solo conocían su referencia: AX/7783bis-B4.

Nadie se explicaba cómo demonios podía girar aquel ventilador y nadie le había hecho el más mínimo caso al escueto informe del forense, más exactamente al detalle de que, bajo el tinte naranja, su madre tenía el cabello blanco.



—¿Y va a dejar las cosas así? —le preguntó Laura, realmente sorprendida con todo aquello. Aguirre se comió más de la mitad de su *lasaña* antes de continuar.

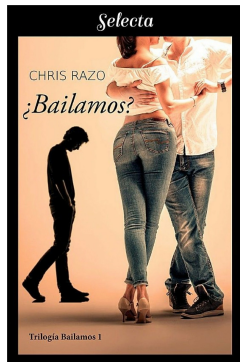
—Creo que no voy a tener más remedio. Por lo que he podido descubrir, esa banda de traficantes dejó de funcionar hace mucho. Quizá tendría que decírselo a... —Se detuvo, indeciso, y suspiró, desechando la idea—. Da igual. Cambiemos de tema. No me gusta hablar de esa etapa de mi vida, Laura.

—¿De esa etapa? ¿Es que hay otras?

Aguirre esquivó su mirada.

—Sí, claro.

## **Cuando la amistad se convierte en amor, ocultar los sentimientos no será nada fácil.**



Laura es una chica tímida, volcada a sus estudios y con una válvula de escape: el baile. No obstante, sabe, gracias a sus padres, lo sacrificado que es dedicarse a ello; y esa no es la vida que ella quiere.

Mario lleva años siendo el mejor amigo del hermano de Laura. Entre él y ella siempre hubo una relación cordial, pero un día, sin más, salta la chispa entre ellos. Y, aunque tratarán de controlarlo, lo que sienten es más fuerte de lo que ellos mismos pueden imaginar, tanto, que puede poner en peligro una amistad de años.

Pero Laura necesita alejarse de Mario, y en esa distancia, aparecerá Jaime en su vida, quien la ayudará a darse cuenta de que el baile ya no es un escape para ella, sino un sueño a cumplir.

Asimismo, Jaime intentará conquistar su corazón, pero la sombra de Mario será un obstáculo difícil de esquivar.

**Chris Razo** nació en Madrid el 7 de enero de 1990. Apasionada de la literatura, estudia Filología Hispánica en la Uned, compaginándolo con su trabajo, su familia y su hijo pequeño.

Enamorada de la novela romántica comenzó a escribir desde muy pequeña, pero no fue hasta hace dos años cuando se decidió a autopublicar su primera novela. Desde entonces no ha parado de escribir.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Chris Razo

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-70-8

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Bailamos

Capítulo 1. Mi vida

Capítulo 2. ¡Terminé!

Capítulo 3. Tomando decisiones

Capítulo 4. Bailando

Capítulo 5. Alguien como tú

Capítulo 6. Inesperado

Capítulo 7. Complicando las cosas

Capítulo 8. Descubriendo

Capítulo 9. Cometiendo el primer error

Capítulo 10. No quiero caer

Capítulo 11. Eligiendo

Capítulo 12. Decisiones

Capítulo 13. Llegó el momento

Epílogo

Próximamente: Te estaba esperando

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Chris Razo

Créditos